

2614

50355

REVISTA NACIONAL

DE

LITERATURA Y CIENCIAS SOCIALES



Año III—Tomo III

Montevideo, 10 de Junio de 1897

Número 49



REDACCIÓN

Daniel Martínez Vigil.
Victor Perez Petit.
Carlos Martínez Vigil.
José Enrique Rodó.

APARECE LOS DIAS 10 Y 25 DE CADA MES

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN:

En la Capital, por mes.	\$ 0.60
En campaña	0.80
En el exterior	0.70
Número suelto	0.30

CENTROS DE SUSCRIPCIÓN:

Líbrería Nacional, de Barreiro y Ramos.—Líbrería del Ateneo, de Sierra y Antuña.—"El Anticuario".—Joya Literaria, de Cuspineria, Teix y C.ª

ADMINISTRACIÓN:

CALLE TREINTA Y TRES, NÚM. 219

UMARIO:—NECESIDAD DE LA EDUCACIÓN DEL CARÁCTER, por el doctor don Pedro Bustamante—CARTA DEL DOCTOR VALDERRAMA—MOROSITOS, por Daniel Martínez Vigil—DOLOROSO RECURRENDO, por Ramón de Santiago—LOS MORDIQUES: GERHART HAFFMANN, por Victor Perez Petit—SIABOLO, por Victor Arzequín—MANUEL GONZÁLEZ NAJERA, por Luis Perisso—ROMAZA DE LA SOCIEDAD, por Carlos Ortiz—A CUIUSMODI GORRUDO, por Antonio Lambertó—LEJANÍAS, por Francisco García Cisneros—ER EL CAMPO, por Guzmán Raján y Zas—SOLAS DE VIGILIA, por Pedro G. Miranda—CINQUILIDAD INFANTIL: EPÍGRAMA DEL DR. ANTONIO DELLEGIANE Y VICTOR ARZEQUÍN—MEDICINA LEGAL, por el Dr. José Fernando y Oloando—NOTAS BIBLIOGRÁFICAS—SUELTO.

NECESIDAD

DE LA EDUCACIÓN DEL CARÁCTER

Nadie es hombre sino por la voluntad. Al que carece de una voluntad firme, justa y honesta, todo le falla; siendo de advertir que en semejante hipótesis, hasta los conocimientos o las luces son un peligro más.

LABOULAT.

Un pueblo en que el elemento intelectual fuera todo; en que el honor, el coraje, la buena fe, en una palabra, el resorte moral, no fuera nada, necesariamente habría de perecer antes de mucho.

Ciencia es poder, ha dicho Bacon, y muy bueno es sin duda cuidar de cultivar la inteligencia, porque la ignorancia es siempre un peligro para el individuo mismo y para la sociedad, y porque la voluntad sola, por buena y enérgica que sea, no basta paraernos obrar con acierto, sino que necesita ser dirigida por la razón ó la ciencia. Pero si juntamente con la inteligencia no se procura cultivar el sentido moral y la voluntad, no se habrá hecho en realidad otra cosa que aumentar en el hombre el poder de destrucción, que no es por cierto al que

alude Bacon, proveyéndolo de los medios de dañar mejor y más á mansalva, y de aumentar su propia corrupción y la ajena. Esto quiere decir que la ciencia es, como la riqueza, una potencia tentadora, y que su excelencia y utilidad dependen del uso que de ella se haga ó de la dirección que le imprima el agente libre que la ha de aplicar. Si ese uso hubiese de ser siempre malo; si necesariamente hubiera de propender á empeorar la condición moral de las sociedades ó de los individuos, más valdría para todos que la civilización y la ciencia se conservasen eternamente estacionarias. Es de toda necesidad que al aumento de los medios de hacer el mal corresponda un aumento proporcional de los medios y de la voluntad de no hacerlo, y, por el contrario, de hacer el bien. Sólo á esta condición pueden aceptarse como un beneficio los progresos intelectuales, científicos é industriales.

Sólo la moral ó la virtud es buena en sí misma; por eso se concibe que un hombre pueda ser demasiado rico ó demasiado inteligente, pero no se concibe que pueda ser demasiado moral ó virtuoso; por eso hay ricos y sabios perjudiciales, pero no virtuosos perjudiciales. La pureza de los sentimientos y la rectitud y energía del carácter están pues arriba de la inteligencia ó del saber, como éste está á su vez arriba de la fortuna. Luego, el progreso de los progresos es el resultante de un acrecentamiento de fuerza moral, ó en otros términos de una vigorización de la voluntad y una expansión mayor y sostenida de los sentimientos de deber, de derecho y de justicia.

Ya se comprende que la educación de la voluntad y de los sentimientos, necesaria en todas partes, lo es sobre todo en las democracias, por lo mismo que siendo allí los poderes públicos ó el gobierno la emanación y expresión del voto popular, es también allí donde más especialmente tiene que ponerse en juego la voluntad de todos. Así, no se equivocan por cierto los que dicen que el sufragio universal pide la instrucción universal; pero acertarían mejor si dijeran que pide también la energía de carácter y la moralidad universal.

Desgraciadamente, uno de los rasgos de nuestra fisonomía que más se ha borrado en el andar del tiempo y de los sucesos, y que tiende á desaparecer por entero, es la energía de carácter; cosa por otra parte que tiene su natural explicación en la creciente subversión de los principios y la progresiva fluctuación de las convicciones, fruto de las frecuentes revoluciones por que hemos pasado y del cosmopolitismo que de veinte años acá nos mina sordamente. Bajo este punto de vista hemos cambiado tanto, tan-

to, que puede decirse que entre los hombres de la generación del año 10 y los de hoy hay una distancia incommensurable, á punto que nadie que se hubiese ausentado del Río de la Plata ahora cincuenta años reconocería en los segundos á los descendientes de los primeros.

Si no reaccionamos, y pronto, contra esa enervación del carácter y la voluntad, estamos perdidos, social y políticamente. Esto quiere decir que la primera y más urgente de nuestras necesidades es restablecer en las almas el vigor moral y el equilibrio, hoy perdido, entre las grandes fuerzas sociales.

Muy bien, dirán algunos (los menos, por desgracia); reconocemos que el mal que denunciáis, existe: convenimos en que nuestra actual sociedad es presa de una influencia deletérea, que el carácter se borra, que las conciencias sufren desmayos horribles, que las nociones del bien, de la justicia, del derecho, de la virtud, del deber, de la abnegación, del patriotismo, etc., se debilitan de más en más, que el sentido moral tiende á atrofiarse, que la fe y el apego á los principios decaen visiblemente, si no es que han desaparecido de todas las almas, con muy contadas excepciones. Y reconocemos asimismo la inminencia de todos los peligros que señaláis, y la necesidad de apresurarse á conjurarlos. Pero, ó cesad en vuestra prédica, por inútil y mortificante, ó bien indicad un remedio eficaz para atajar los progresos del mal y conjurar aquellos peligros; ó, más bien, decid por qué medios podría llegarse á colmar el vacío que han hecho en las almas la destrucción de los principios y la relajación de las convicciones.

Á esto responde que el remedio está en levantar y fortalecer el sentimiento moral, y que los medios de conseguirlo son: la enseñanza teórico-práctica del hogar doméstico, asociada y combinada con la de la escuela, la propaganda por los libros y por la prensa periódica, la acción de la autoridad pública, sobre todo por la severa y pronta represión de los crímenes y delitos, y la buena administración de la justicia civil—y por último el ejemplo; el ejemplo, así en los que mandan como en los que no, pero sobre todo en los que mandan.

El empleo de este último agente ó medio de moralización es esencialísimo, porque, de ordinario, los ejemplos hablan más alto y convencer más al espíritu que las exhortaciones y los consejos, y de todos ellos ninguno más fecundo que los que vienen de arriba, es decir, de las personas investidas de la autoridad pública, ó bien de aquellas que por su respectabilidad han sabido granjearse la estimación y el respeto de los demás. Si, la acción se enseña más que todo por la acción, y los hombres virtuosos

son ejemplos vivos de la practicabilidad del bien, en que muchos no creerían acaso sin el ejemplo de un Sócrates, de un Aristides, de un Catón, de un Marco Aurelio.

Levantar el nivel moral de una sociedad por el constante ejemplo del bien, es en verdad el más glorioso timbre á que pueda aspirar un hombre, y el mejor título que pueda conquistar al reconocimiento público.

Yo bien sé que todos no pueden ser Sócrates, Catón, Marco Aurelio, Washington ó Lincoln, ni alcanzar como ellos á ponerse á la espectación del mundo entero; pero todo ciudadano que ha ocupado dignamente en su país un puesto público más ó menos elevado, inviste por el hecho una especie de magistratura moral; y su deber no es encerrarse en una abstención vecina de la indiferencia ó del egoísmo, sino ejercer esa magistratura de una manera provechosa al interés común; y cuando por cualquiera razón se sienta incapacitado para concurrir ó propender á lo bueno, guardarse bien de concurrir á lo malo: porque no hay espectáculo más doloroso ni ejemplo más malsano y corruptor, que el del mal, hecho por hombres buenos ó que pasan por tales.

No sé si, dadas ciertas y determinadas circunstancias excepcionales, los medios morales antes indicados podían ser suplidos por la acción de un solo hombre, es decir, de un hombre de buena voluntad, de sanos propósitos, de reconocida honradez y de una razón superior, revestido del poder supremo. Yo convengo en que la dictadura, aun con esas condiciones, precauciones y garantías, jamás puede ser *el término del viaje, ni el domicilio de las naciones*, como alguien ha dicho; pero no está probado que no pueda ser *el refugio de los naufragos*, es decir, un puerto de arribada y de escala en que poder guarecerse contra la tempestad ó reparar las averías de la nave y habilitarse para seguir el viaje.

En todo caso, digo que la salvación jamás podría venir ni de la violación, ni de la ignorancia, ni de la fatuidad. Los ignorantes, los fatuos y los violentos sólo servirían para hacer zozobrar la nave.

Hemos hecho bastante, y relativamente demasiado también, para la mejora de la vida material, algo para la mejora de la vida intelectual, todo para la extinción de la vida moral.

Acordémonos que ése era precisamente el estado de la Grecia al tiempo de la conquista macedónica y de la conquista romana, el de Roma al tiempo de la invasión de los Bárbaros, y el de la Italia, así al tiempo de las luchas entre el Papado y el Imperio, como al de las invasiones extranjerías;—acordémonos que las más bellas máquinas, las más hermosas vías de comunicación y las termas más confortables, á la vez que las obras más acabadas del pensamiento y los más amplios desarrollos de la ciencia de la legislación y del derecho, coinciden con las épocas de mayor oprobio para la especie humana, y que lejos de atajar ó aplazar la caída de aquellos grandes Estados, sólo sirvieron para precipitarla; y, por último, no perdamos de vista que Dios no salva á los

que nada hacen para salvarse por sí mismos.

Lo sé: á estas advertencias y exhortaciones arrancadas por el triste espectáculo de una decadencia visible para todo hombre medianamente observador y reflexivo, un optimismo tan audaz é indiscreto como confiado, y que yo llamaría desalmado si fuera más inteligente y previsior, responde con una flemma y un aplomo jamás vistos, *que las sociedades no perecen, que los pueblos no mueren*. Pero esta misma respuesta acusa ya el extravío á que ha llegado entre nosotros la razón pública, y viene á corroborar cuanto he dicho sobre los peligros que nos amenazan; porque negar los males ó los peligros, es el medio más seguro y eficaz de no curarse de los unos y de no conjurar ó evitar los otros.

Es verdad, salvo cuando se los traga la tierra, como á Pompeya y Herculano, ó los hierre el fuego del cielo irritado, como á Sodoma y Gomorra, los pueblos no mueren. Las que mueren son las nacionalidades.

Las sociedades, es cierto, no mueren; pero se transforman, y no siempre para mejorar de condición; porque la doctrina del progreso fatal y constante, verdadera con relación al todo, á la humanidad, es falsa y falsísima con relación á la parte, ó á un determinado país.

¿Quién lo duda? Las sociedades no mueren; pero caen en la atonía y en el marasmo, y se crapulizan, y se pudren de generación en generación, y acaban por exhibir sus lacras á los ojos de propios y extraños. ¿No es nada eso? . . .

Por Dios! no juguemos con los niños, con fuego; no chacoteemos con las cosas más serias y más sagradas, ni pongamos tampoco una confianza ciega en la Providencia, que bien puede estar harta de proteger á ingratos y contumaces que no han sabido sacar provecho ni de la prodigalidad de sus dádivas, ni de sus repetidas gracias y favores, ni de sus frecuentes advertencias.

PEDRO BUSTAMANTE.

Enero de 1874.

Carta del doctor Valderrama

Señor don Carlos Martínez Vigil

Montevideo.

Estimado amigo:

No, no me he olvidado de V. ni de la interesante REVISTA de que es V. digno director: no he estado bien de salud, y, como suele suceder, se han acumulado tales molestias sobre mí, que no me han dejado momento de reposo.

Aquí me detengo; no puedo continuar. Yo sabía de antemano que V. era un atildadísimo escritor; pero desde que en el mes de febrero del año en curso el señor don Juan Francisco Piquet me envió su ramillete de escritores uruguayos en que V. figura como escritor correctísimo, me ha entrado un miedo de escribirle á V., que todas las palabras que empleo me parecen impro-

pias, y todas las frases, cojas, mancas ó jobobadas.

«Como suele suceder,» digo al empezar mi carta, y parece que esto le sucediera á todo el mundo día de por medio, ó á lo menos periódicamente, y aún que á mí me sucediera lo mismo; lo que no es así. Alguna dirá que para que significara esto último debí escribir *como suele sucederme*; pero esto demuestra que cuando se mezcla en un asunto el sistema nervioso (vulgo vanidad) no hay medio de hacer las cosas á derechas. Debo advertir, de paso, que ese *suele suceder*, con sus dos *eses* tan cerca, á las que se junta á guisa de postillón una *c* con sonido suave, me parece un par de palabras que hacen mal al oído, y que debían cambiarse por *suele acontecer, suele ocurrir*, etc., etc.

Pero si cada párrafo que escribo no ha de servir sino para corregir el anterior, esta carta sería cosa de nunca acabar, y Dios sabe que yo no tengo ningún interés en molestar á V. con mi insoportable taravilla; antes, al contrario, desearía que mis cartas fueran un modelo de corrección, para que V. las leyera sin el desagrado que produce en un maestro toda obra mal ejecutada.

Trataré de continuar esta carta con la menor preocupación posible y esperando que, hoy en adelante, V. tapará con su benevolencia habitual los agujeros de mi insuficiencia.

He leído con verdadero interés las pocas noticias que llegan á Chile de la revolución del Uruguay, y aunque esas noticias no son muy claras, ellas me dejan una impresión dolorosísima.

Yo tengo como cosa verdadera que la época de las revoluciones ha pasado. Las revoluciones se concebían en los tiempos en que había tiranos, en que la autoridad no se trasmittía periódicamente, en que la soberanía del pueblo era discutida; pero hoy, en que la tiranía es imposible, en que hay periodicidad en la trasmisión del poder, en que los pocos gobiernos monárquicos que aun quedan tienen que contar con el pueblo, en que para libertarse de un gobierno injusto no hay sino esperar un poco, una revolución es más que un error político: es un crimen de lesa-patria.

Toda revolución trae tal cúmulo de males, que sufrir un gobierno injusto es nada en presencia de la inmoralidad y del desastre que ella acarrea.

En los países en que el gobierno se trasmite periódicamente, y con especialidad en las repúblicas americanas, no es posible hacer una revolución sin dejar después de ella debilitado profundamente el principio de autoridad, desmoralizada la administración pública, y de pie y altivas ambiciones bastardas y antipatrióticas.

La trasmisión regular del poder público en una República no se puede perturbar sin producir en el alma del pueblo ideas subversivas y contrarias al principio de autoridad, base de todo gobierno bien constituido.

La escuela de la anarquía es mala escuela para el pueblo, y sobre todo para los países jóvenes.

Una revolución es como un aborto: cuan-

do una mujer se acostumbra á expulsar antes de tiempo el producto de la concepción, es muy difícil que *pariz* un niño á término.

Así, cuando un presidente no termina con regularidad su período constitucional, es mal síntoma para el que ha de seguirle: el pueblo pierde el respeto á la autoridad.

Durante mucho tiempo las repúblicas americanas han estado *abortando*; lo que ha hecho decir á don Antonio José de Irizarri aquel sangriento sarcasmo, cuando Quintana hablaba de la *virgen América*:

«¡Lástima grande que esta *virgen* haya tenido tan *malos partos!*»

Por lo demás, con tantos abortos, ¡Dios sabe cuánto tiempo han tardado en llegar al estado de pueblos semi-civilizados!

Yo creía que ya había pasado la época de los caudillos, y que los países sud americanos debían ocuparse en asuntos de administración solamente.

Parece que no. Pues me parece que vamos por mal camino. ¡Dios tenga piedad de nosotros!

Esta es mi doctrina en materia de revoluciones, amigo mío; y si V. me pregunta lo que pienso de la revolución de Chile en 1891, le contestaré que pienso de la misma manera; que mido á Chile con la misma vara que á los otros países; que aquella revolución fué un gran crimen, que ha producido lo que debía producir: la división de la familia chilena, la miseria, la desmoralización y el atraso del país.

Aquella revolución, que costó doce mil cadáveres y cien millones de pesos, no ha producido sino males; y ninguno de los hombres que se levantaron entonces contra el gobierno constituido, puede hoy contestar á esta sencilla pregunta:

¿Para qué se hizo la revolución de 1891? . . .

No nos formemos ilusiones, amigo mío: instrucción pública, administración de justicia, higiene pública, policía, alumbrado público, etc.: éstos son los tópicos que deben ocupar el pensamiento de los gobiernos de Sud-América. Todo lo demás. . . paja picada.

Nuestro Balmaceda, de quien he tenido el honor de ser Ministro de Justicia é Instrucción Pública, fué grande por eso. Inició su gobierno creando cien escuelas y dando agua potable á todas las cabeceras de provincia. En su época se creó el gran curso de matemáticas aplicadas y se dió un juez de letras á cada Departamento.

.....

Y aquí termino esta carta; que no quiero que me diga que yo soy como las últimas palabras del *Prefacio*. Pero no he de terminarla sin rogar á V. que dé las más expresivas gracias á don Juan Francisco Piquet por sus bonitos *Perfiles Literarios*, que ha tenido la bondad de enviarme, y en decir á V. mismo que tengo á mucha honra suscribirse de V. leal y affmo. amigo.

ADOLFO VALDERRAMA.

Santiago de Chile, á 10 de Mayo de 1897.



MONÓSTROFOS

La última etapa

Al herdo de la Estigia llegué con paso incierto
y lo grité á Caronte:—Barquero, á tu misión!
Tu nave funeraria aprresta que hay un muerto.
—¿Quién es? ¿cómo se llama?— Soy yo; mi corazón.

Augias en sus establos

La ciencia, revelando sus misterios,
demonstra con brutal filosofía,
que es la vida una sueña enfermedad,
y el hombre un macrocosmo de bacterias.

Aptitud matrimonial

Soy pobre; nada sé; vivo aburrido;
me da grima la paz del matrimonio;
tengo un adorno menos que el demonio. . .
No hay duda: yo sería un buen marido.

La raza prometeana

No es hombre el hombre que al dolor entrega
sumisa la cerviz, y sufre, y calla;
es hombre aquel que con los males brega
y no sabe rendirse en la batalla.

Rumbos

Del alma varonil oyo el anhelo,
y oyo también de la cobarde el grito:
¡Asciendo, aspiración, á lo infinito!
¡Arrástrate, impotencia, por el suelo!

Minerva y Marte

La idea quiere espacios; la fuerza tiende al solio;
la Acropolis es menos que el Ágora en Atenas;
el Foro es toda Roma; no es Roma el Capitolio;
Sorbonas, sois derechos! Bastillas, sois cadenas!

Mis exequias

Nadie que vaya á importunar el duelo;
pobre anón que encierro mis despojos;
callen los labios para hablar los ojos;
sombra en la tierra; luces en el cielo!

DANIEL MARTÍNEZ VIGIL.

Doloroso recuerdo

De dos hermanos que el rencor ahogaba
Sangrienta vi la lucha cierto día,
Mientras la madre, que infeliz gemía,
Por separar sus armas se esforzaba,

Insensata, la turba les llamaba
Lidiadores heroicos, y aplaudía;
Pero la madre de pesar moría,
Y su llanto de sangre derramaba.

Cayó el uno, por fin, desfalleciente;
Muy digno el otro so creyó de gloria,
Y hacia los cielos levantó la frente.

¡Ay! Algún día nos dirá la historia
Que aquella madre en su dolor vehemente
La derrota maldijo y la victoria.

RAMÓN DE SANTIAGO.

1859.



LOS MODERNISTAS

GERHART HAUPTMANN

I

Un día, Gerhart Hauptmann, muerto de tedio como su Johannes Bockerat, el protagonista de *Almas solitarias*, por no tener una persona con quien discutir sus ideas, abandonó las selváticas y misteriosas orillas del Rhin y fué á llamar á la puerta del palacio de Paul Leroy-Beaulieu construído sobre una margen del Sena en el radiante país del Sol. Venía pobremente vestido, los pies encerrados dentro de unos gruesos zapatos cubiertos de polvo y la cabeza casi oculta en un gorro de pieles raído y mugriento.

—¿Quién llama?—dijo el rico señor del espléndido palacio, casi malhumorado y displícite.

—Abrid, señor,—contestó el cansado viajero.—Vengo de muy lejos, del país de las almas nebulosas y solitarias, de la región de los grandes filósofos, á buscar un poco de Sol y un poco de alegría en la morada del sabio economista. Me llamo Gerhart Hauptmann.

Entonces Mr. Paul Leroy Beaulieu corrió el cerrojo y dejó entrar al pálido viajero vestido de harapos. El poderoso señor de aquel palacio se hallaba ese día de muy buen humor y no tenía, por desgracia, con quien echar un parrafo. Así, pues, el triste viajero venía como de perlas.

—Entrad, entrad, y sed bien venido. Os sacudiréis el polvo del camino, os refrescaréis el rostro con agua clara y tomaremos juntos un bocado, una friolera. Pasad, pasad sin temor, mi buen hombre.

Y Gerhart Hauptmann se encontró, de pronto, como en un sueño de las *Mil y una noches*, subiendo aquellas amplias y monumentales escaleras de blanco mármol, sobre cuyas losas radiantes se reproducía su mísera silueta.

—Pasad, pasad, mi buen hombre. . .

El piso, las paredes, el techo artesonado, todo, todo era lujosísimo y soberbio. Parecía aquél el templo de la Fortuna. Mullidos tapices orientales cubrían el suelo de las habitaciones; extrañas sederías y magníficas pinturas llenaban las altas paredes; objetos de arte valiosísimos se encontraban por doquier.

—Pasad, pasad, mi buen hombre. . .

Las claras lunas de Venecia, de anchos biseles en sus bordes, le miraban sonriendo; algunas estatuas de bronce, verdaderas maravillas artísticas, parecían preguntarse, con gestos severos, quién era aquel extraño; algunos jarrones japoneses, de inestimable valor, se apretaban el abultado vientre con ambos brazos riéndose á carcajadas.

Pero M. Leroy-Beaulieu sonreía bondadosamente á su visitante:

—Pasad, pasad, mi buen hombre. . .

..

Limpio ya, refrescado el rostro, más sereno el espíritu, Gerhart Hauptmann se sentó al lado de su huésped en un sofá del estudio. Había allí, en aquella habitación de un lujo severo, centenares de libros ricamente encuadernados, reverberando el oro de sus rótulos.

—¿Hay algunos libros, eh?—exclamó Mr. Leroy-Beaulieu, siguiendo la dirección de las miradas de su visitante y sonriéndole amablemente.

—Sí, muchos hay—contestó Hauptmann.

Y luego, sacando de su bolsillo un manuscrito fregoteado, grueso y de caracteres negros y borrosos, agregó:

—En cuanto á mí, no tengo más que esto.

—¿Y qué es eso, señor Hauptmann?

—¿Esto? Esto son *Los Tejedores*.

—¡Oh! ¡*Los Tejedores*!—exclamó Mr. Paul Leroy-Beaulieu, así que se hubo replegado de su desagradable sorpresa. —¡*Los Tejedores*!

Gerhart Hauptmann le miró un instante sin desplegar los labios. Después, dijo á su vez:

—*Los Tejedores*, sí. ¿Conocéis mi trabajo, verdad? Pues bien; ya que le conocéis, discutamos. Vos representaréis al rico Dreissiger, al patrón; yo haré de Baecker, al mísero, al expoliado obrero. Ya lo veis, es un duelo á muerte el que os propongo. No he venido aquí para otra cosa. . . Los dos no cabemos en el mundo; yo me muerdo de hambre; os he dado toda la sangre de mis venas para que disfrutéis del lujo y de las comodidades que os rodean; vos me echáis á la calle, á la miseria, después de haberme quebrado el espinazo frente á vuestros telares. ¿Aceptáis?

—Sea,—contestó Mr. Leroy-Beaulieu, viendo que toda evasiva era inútil.

Y ambos luchadores se contemplaron un instante silenciosamente, midiendo sus respectivas fuerzas, prontos á destrozarse al primer encuentro.

Gerhart Hauptmann fué el primero en acometer. Nervioso, fino, vibrante, su primer golpe fué un terrible mazazo digno de la Edad-Media. Su voz, á medida que avanza en la lectura del manuscrito, tiene sordas resonancias de caverna. Su gesto es airado, un poco canallesco, bastante ofensivo.

Está leyendo las primeras páginas de su terrible drama, y hace resaltar el contraste que hay entre el patrón y el obrero: aquél, corpulento, satisfecho, severo, autoritario, lleno de importancia y de desprecio por los seres humildes que trabajan en su fábrica; éste, mísero, enflaquecido por el hambre y las privaciones, vestido con harapos, bajando humildemente la vista ante el amo y llevando en el rostro «una preocupación incandescente é infructuosa». Es día de paga en la casa de Dreissiger, y todos los tejedores, hombres, mujeres y niños, vienen á cobrar sus míseros haberes frente á la rejilla de Pfeifer. Y toda una larga sucesión de miserias y de horrores empieza á desarrollarse

ante los ojos del obrero Baecker, — el futuro vengador, el gran revolucionario

NEUMANN (*pagando dinero*). Quedan treinta y dos sueldos y dos centésimos.

TEJEDORA (*tomando el dinero con mano temblorosa*). Gracias.

NEUMANN (*viendo que la mujer no se va*). Y bien! ¿No se va Vd?

TEJEDORA (*conmovida, suplicante*). Anticípeme un pago de algunos centésimos. ¡Tengo hoy tanta necesidad!

NEUMANN. Yo tendría necesidad de un pago de centenares de escudos. ¡Si bastara tener necesidad!

Y siguen desfilando los obreros suplicantes, pidiendo un mísero anticipo para acallar el hambre, mientras los amos, impertérritos, los echan á la calle poco menos que á latigazos.

HEIBER (*coloca su pieza sobre el banco mientras Pfeifer la examina. Heiber se le aproxima y le habla á media voz, calorosa y persuasivamente*). Tenga la bondad, señor Pfeifer, hágame la caridad — no se ofenda. . . si me pudiera dejar el á cuenta hasta otra vez. . .

PFEIFER (*sardónicamente, continúa midiendo la tela con el compás y observándola con el lente*). No faltaría otra cosa! ¿Se le ha hecho humo el anticipo, eh?

HEIBER (*en el mismo tono*). Estaría mejor hasta fin de esta otra semana; he tenido que trabajar dos días en la calle, y para colmo he tenido á la vieja enferma. . .

PFEIFER (*pasando la pieza al pesador*). ¡Otra porquería! (*Examinando ya otra pieza*). Vea Vd. qué géneros, unos largos, otros estrechos! Quién ha tipido la trama, quién la ha estirado como un peine! Y lo menos, setenta hilos por pulgada! ¿Dónde está la honorabilidad? Se puede engordar así ciertamente. . .

HEIBER (*reprime las lágrimas, y queda humillado y desconsolado*).

TEJEDORA (*que se había alejado entretanto algunos pasos de la mesa del cajero y que miraba alrededor con ojos extraviados buscando ayuda, sin moverse, se da ánimos y se vuelve nuevamente al cajero, suplicando*). No puedo, no puedo adelantar así. . . no sé cómo levantar cabeza. . . si hoy no me da un adelanto. . . ¡Ay, Jesús, Jesús!

PFEIFER (*volviéndose á la tejedora, le grita*). Dejáme en paz con vuestra Jesusería! Por lo común, no sois tan devotos. Harlais mejor en pegaros á vuestro hombre, que no hace otra cosa que estarse en la hostería desde la mañana hasta la noche. No podemos dar anticipos. Nosotros tenemos que rendir cuentas. No es éste nuestro dinero. El principal lo cobra de nosotros. Quien es laborioso y conoce su oficio y hace su trabajo con el santo temor de Dios, no tiene necesidad jamás de anticipos! Y basta, ahora!

Implacables, cerrado el corazón á las miserias que cruzan ante su vista, sin dolerse de aquellos desventurados que no tienen un pedazo de pan para llevar á la boca, ni un trozo de leña con que dar fuego á la estufa para desentumecer sus miembros ateridos de frío, los amos siguen arrojando sus obreros á la calle, á lo desconocido, á la miseria. Y entretanto ellos viven felices y contentos

en medio del lujo y las comodidades que se procuran á costa del sufrimiento de sus obreros. Pero esta situación no puede continuar así indefinidamente; hay que romper esas cadenas odiosas; hay que reivindicar los derechos del humilde trabajador; hay que obligar al patrón á pagar lo justo y razonable y negarle ese derecho que se ha atribuido á sí mismo para vencer y doblegar á los pobres. ¿Y quién es el que tal empresa acometerá? ¿Quién? Él, el obrero libre, el obrero valiente, el obrero fuerte. Sí, él mismo es el que debe luchar por la reconquista de sus derechos; él mismo tiene que hacerse valer ante el amo. Uniéndose, ayudándose los unos á los otros, sacrificando el interés individual al colectivo, es como se podrá contrarrestar la fuerza del poderoso, del patrón. Y Baecker es el símbolo de esta unión, la fuerza omnipotente que irá á pedir cuenta de sus exacciones y robos al capitán ensoberbecido y triunfante.

¡Qué escena terrible y conmovedora la que se desarrolla entonces entre el poderoso Dreissiger y el mísero Baecker! La voz de Gerhart Hauptmann sube entonces el diapason y se hace aguda como un relámpago fulgurante y se torna sorda como un trueno vengador. El obrero habla por fin, y sus dolores, sus penurias, sus privaciones, brotan como río de encendida lava para ir á ahogar al amo prepotente. Éste se yergue alto; por sus ojos ha cruzado un rayo de ira; sus labios se han contraído con una mueca de venganza. Es la primera vez que un miserable siervo se atreve á desconocer su autoridad y le dice aquellas palabras terribles. Él sabrá castigar tamaña osadía; y volviéndose á sus dependientes, les dice:

DREISSIGER. Para este hombre, no tenemos nosotros ni un céntimo de trabajo.

BECKER. ¡Oh, si reviento de hambre frente al telar ó en una fosa, todo me es igual!

DREISSIGER. Fuera, fuera en seguida.

BECKER (*resuelto*). Antes quiero mi

paga.

DREISSIGER (*arranca de las manos del cajero el dinero y lo arroja sobre la mesa, de manera que algunos sueldos van á rodar por tierra*). Aquí está! Y ahora, fuera!

BECKER. Primero quiero tener mi paga.

DREISSIGER. Ahí está vuestra paga, y si ahora no os mandáis mudar en seguida. . . casualmente es medio día. . . los tintoreros dejan al momento su trabajo y. . .

BECKER. La paga se me debe dar en la mano; la quiero aquí (*se toca la palma de la mano*).

DREISSIGER (*á la aprendiz*). Recogedla, Pilgner.

LA APRENDIZ (*recoge las monedas y las da á Becker*).

BECKER. Me gusta el orden en todo. (*Coloca el dinero en una bolsa vieja sin apresurarse*).

DREISSIGER. Y bien! (*viendo que Becker no se va*). ¿Tendré que ayudarlo?

Becker sale entonces. ¿Está, pues, vencido? No, no está vencido. Ahora empieza la lucha. Las hostilidades han sido rotas, y ya se verá quién vence á quién. . .

Mr. Paul Leroy-Beaulieu, ante el rudo ataque de su contrincante, queda firme, sin retroceder un paso. Su frente se ha ensombrecido un poco, solamente; pero su voz no es menos altiva ni su gesto menos airado al formular la réplica.

—Bien, bien. He comprendido. Los obreros se quejan del patrón y le hacen la guerra por cuestiones pecuniarias. Beacker es despedido por su insolencia y va ahora á dirigir la huelga contra la casa de Peterswaldau. Comprendido, comprendido. Su tesis de Vd. en *Los Tejedores* es que las huelgas obreras se producirán mientras el capital no socorra á los trabajadores según sus necesidades. Vd., pues, las justifica.

—Sí, — contesta nerviosamente Hauptmann.

—Pues bien, yo voy á enseñarle á Vd. todos los males que traen aparejados las huelgas á los Estados, á los patronos y á los mismos obreros. Hablaré con toda imparcialidad. Oiga Vd.

Y después de sonreír maliciosamente á una espléndida estatua en bronce—un amorcillo picareco que le miraba frente á frente, amenazándole con un dedo,—dijo:

—«El derecho de huelga puede ser útil para hacer respetar al obrero por los empresarios poco escrupulosos é inhumanos; pero no se debe recurrir á él sino en la última necesidad.»

—Creo que es el caso de *Los Tejedores*.... —interrumpe Hauptmann.

—Sí, es ése el caso, y Vd. lo ha escogido á propósito. Pero su Dreissiger es un tipo de excepción, y en general las huelgas se producen injustamente. Vd. ha querido hacernos creer que *todas* las huelgas son legítimas porque todos los empresarios y capitalistas son unos Dreissiger. Esto es lo falso de su obra. Pero, no me interrumpa.

Hizo una pausa, y luego continuó con gesto doctoral:

—«Las huelgas traen un enorme desperdicio de capital; generalmente las pérdidas sufridas por las asociaciones de obreros no son compensadas por las ventajas mismas de la victoria. Supongamos que una huelga dure un mes: es una pérdida para el obrero de más de un 8 % de su salario anual; si se obtiene al fin de ese mes de huelga un aumento de un 5 % de salario, no es sino al cabo de diecinueve meses que el obrero, por el aumento de su remuneración, habrá ganado lo que perdió en el mes de su descanso voluntario.—Las huelgas, impidiendo á los industriales hacer frente á sus compromisos ó tomar pedidos nuevos, aprovechan á menudo á las industrias concurrentes, aun á las industrias extranjeras. Ciertas industrias han emigrado por causa de las huelgas; la de la construcción de navíos ha abandonado así á Londres; la ebanistería parisiense ha sido conmovida por la misma causa con gran provecho para la ebanistería alemana ó austriaca. De que el obrero tenga el derecho de huelga, no resulta que deba usarlo frecuentemente; hay muchos derechos que, por su propio interés, el hombre avisado y equitativo debe dejar dormir.»

—¡Hum!—hace Hauptmann, como hombre á que no asustan tales argumentos, y disponiéndose á dar otro golpe.—Pero, ¡qué

me dice Vd. de la miseria en que viven los obreros frente al lujo escandaloso que gastan los industriales? Compare Vd., compare Vd., la morada Dreissiger que describo en el acto cuarto de mi obra, con la humilde estancia del tejedor Hilse que presento en el quinto....

—¡Oh, el lujo!—exclama Mr. Leroy-Beaulieu, como hombre que conoce bien el asunto;—¡cuántos estúpidos prejuicios contra el lujo! Pero ¡si el lujo es uno de los principales agentes del progreso humano! La humanidad—ya lo he dicho antes de ahora—«debe estarle reconocida por casi todo lo que hoy decora y embellece la vida, por una gran parte de las mejoras que hacen más sana la existencia! El lujo es el padre de las artes. Ni la escultura, ni la pintura, ni la música, ni sus similares populares el grabado, la litografía, no habrían podido desarrollarse en una sociedad que hubiera declarado la guerra al lujo.» Sí, señor, esto es innegable, como es innegable aquella otra aseveración también mía: «La cuestión del lujo no es otra cosa que una faz de una cuestión más vasta: la de la desigualdad de las condiciones. Está probado que la igualdad de las condiciones detendría todo progreso en una sociedad y la haría retroceder gradualmente hasta la somnolencia intelectual y á las privaciones materiales de las edades primitivas.» Pero no es menester detenerse en estas filosofías; vámonos á la práctica, si le place. ¿Á quién aprovecha el lujo? ¿Cree Vd. que sólo á los Dreissiger? No, amigo mío. También aprovecha á los obreros, y más si cabe. Pongamos por caso que se dé un gran baile en una casa rica. Advierto á Vd. que este ejemplo lo presenta un ilustrado economista francés, Mr. Gide. Conque... se da un gran baile, ¿no es eso? Pues vamos á ver las consecuencias. Empecemos por el dueño de casa. ¿Que debe hacer? Primero: preparar los salones; y he aquí que una nube de tapiceros, pintores, muebleros, gasistas, etc., etc., vienen á arreglarle todo lo que él no puede hacer. Son otros tantos obreros que cobran su salario con motivo del baile. Segundo: hay que poner el buffet; y los confiteros, y con ellos sus dependientes, entran en juego, como asimismo los obreros del café, de la bodega, los conductores, los hombres para servir al público, etc. Nueva gente que gana dinero con motivo del baile. Tercero: la familia tiene que vestirse; y he ahí que modistas y sastrés, con toda su legión de costureras y cortadores, se ponen en movimiento y trabajan. Agréguese que casi todos los invitados deben recurrir á sus sastrés, zapateros, tenderos, peluqueros, ¡qué sé yo!, para presentarse debidamente al dicho baile. Conque... ¡vaya Vd. sumando toda la gente que trabaja y cobra salario por culpa de la dichosa fiesta! Y esto, sin contar luego á los cocheros que conducen los invitados, las propinas y mil otras futelezas que, seguramente, no aprovechan al rico, sino al pobre. Y bien, ¿quién ha creado todo esto? ¿quién hace vivir á los pobres? El lujo. No hay vuelta que darle....

Se interrumpió un instante, cambió de postura en su asiento, y luego prosiguió:

—Amigo mío, si los ricos necesitan de

los pobres para su mejor comodidad, también es cierto que éstos necesitan de aquéllos para vivir. Y entre la comodidad y la imprescindible necesidad de vivir, hay aún alguna diferencia.... me parece! Oiga V. ¿Qué quieren los obreros? ¿Qué exigen sus Tejedores? Ya lo ve V.: obtener un bienestar como el de Dreissiger, y esto es imposible....

—¡Ah!... —hizo Gerhart Hauptmann.

—No, no es una concesión que le hago. No es tampoco que restrinja el alcance de mis ideas. Digo que Beacker no puede disfrutar de los bienes de Dreissiger, porque ambos están en situaciones muy distintas. Uno es el capitalista, el otro el obrero. Pero, ¿quién expone más capital en la realización de su empresa? ¿Dreissiger que se arriesga á perder su fortuna, ó Beacker que no expone más que su trabajo diario? Las ganancias deben estar en razón directa del capital empleado, y V. no querrá sostener que el obrero Beacker cobre igual que el capitalista Dreissiger, poniendo aquél menos que éste. Por eso, mi buen hombre, el único personaje de *Los Tejedores* que no es, como los demás, un incoherente y un fanático, sino el tipo del sentido común, es ese viejo Hilse del último acto....

—¿Hilse? ¿De veras?—dijo con ironía Gerhart Hauptmann poniéndose en pie y mirando á su enemigo.—¿Conque os parece que he trazado la figura de ese pobre viejo para que en *Los Tejedores* figurara también el sentido común? ¡Oh! Pero, ¿V. no ha comprendido el rol que desempeña ese personaje en mi obra! El es la rutina, el soportalo-todo, el gran resignado, la eterna víctima. El es el gran vencido—el vencido de antemano, porque no sabe luchar,—el esclavo de su propia debilidad é insignificancia, el gran ignorante que desconoce sus obligaciones y sus deberes. Por eso, le oiré V. exclamar en el último momento: «Mi Padre celeste me ha destinado á esto que soy, y aquí quedaré y haré mi obligación, así la nieve se prenda fuego.» ¡Lo oye V., señor economista acomodadísimo, filósofo feliz del optimismo? Ese viejo Hilse, cuyo fatalismo he puesto bien de relieve, es, precisamente, el más sólido argumento de mi obra contra el estado actual de cosas. «Me quedaré aquí, así la nieve se prenda fuego!» ¡Hermosa filosofía, dioses inmortales! Según ella, todo está arreglado por adelantado; todo lo que acontece ha sido así dispuesto anteriormente por la Ley Eterna y Absoluta: el hombre nada podría hacer por evitar ó torcer lo que debe efectuarse necesariamente de esta ó aquella manera.... Hay que someterse, hay que resignarse.... De modo que yo ó V. caemos enfermos y no llamamos al médico ni tratamos de tomar medicamentos, porque ya está escrito lo que ha de sucedernos forzosamente: si nuestro destino es morir, en vano es toda la ciencia del médico y toda la virtud de los remedios; si, por el contrario, nuestro destino es salvarnos, nos salvaremos sin remedios ni médicos, aunque éstos se empeñaran en matarnos. ¿Qué tal con el fatalismo? ¿Es absurdo ó no? Pues bien; esa y no

otra es la filosofía que se gasta el viejo Hilde. Y ya veis el castigo que le depara la providencia: apenas acaba de pronunciar aquellas palabras y va á sentarse frente á su telar para proseguir su tarea de esclavo, sueña afuera, en la calle, una descarga de fusilería: son los soldados que hacen fuego á los huelguistas. ¿Y á quién hacen las balas? ¿Á los motineros? No sé, no nos importa averiguarlo; pero lo que vemos, lo palpable, es que una bala perdida viene á dar sobre el pecho del viejo Hilde y le arroja muerto sobre su patíbulo—el telar.—Ahora, haga V. todas las consideraciones que quiera sobre este hecho

El pálido viajero, alza cada vez más la voz. Su gesto se hace imponente. Su frente de pensador parece iluminarse con un destello de gloria tardía. . . .

—¿Cuál es entonces el deber de la juventud?—prosigue. ¿No debe iluminar á los pobres de espíritu? ¿No debe servir de báculo á la vejez? ¿No debe salvar á los débiles? La juventud es la inteligencia, la fuerza y la verdad: ella, pues, simbolizada en Baumert, Beacker y Jaeger, es la que ha de triunfar y á ella hay que seguir. Si el viejo Hilde es el *sentido común*—este sentido es una antiqualla casi siempre falsa,—la juventud de aquellos tres personajes es el *buen sentido*: y entre éste y aquél no cabe escogitación. ¿Estamos?

—Bien, bien, mi buen hombre, replica Mr. Leroy-Beaulieu, mirando al solitario del Rhin;—pero su socialismo de V. no deja por eso de ser malo y peligroso. Mis argumentos no han sido vencidos ni replicados. El lujo es necesario, y no sólo es necesario, sino útil para el mismo obrero. La desigualdad de las fortunas es una ley económica que da estabilidad á los Estados y. . . .

—Sí, y con tal que unos vivan felices, que los otros se mueran de hambre. . . .

—Esa es otra ley, amigo mío; la ley de «la lucha por la existencia»,—una ley natural, ineludible. . . .

—Una ley salvaje, querrá V. decir, señor mío; una ley que ha de derogarse cuando la humanidad progresa y los individuos, dejando de ser bestias, se transformen en seres inteligentes, buenos y libres. . . .

Dicho lo cual, se dirigió hacia la puerta, y, sin mirar una vez más al potentado señor del magnífico palacio construido sobre una margen del Sena, salió con ademán triunfante, apretando bajo su brazo el precioso manuscrito de gruesos caracteres negros y borrosos.

Gerhart Hauptmann dejaba el país del Sol para volverse á su patria selvática y brumosa.

II

Pero el espíritu inmenso del creador de *La Asunción de Hamlet Mattern* no puede alentar en medio de aquella atmósfera de biblioteca que le rodea en su tierra natal. Su alma libre y apasionada sueña con otros horizontes donde la luz meridiana no se vea embozada por las brumas de la filosofía hegeliana. Su pensamiento cosmopolita y viril aspira á la lucha sin tregua, á la difusión

redentora, á la conquista de las regiones ignotas. Y su arte, de un realismo neto infiltrado por corrientes azoadas de simbolismo-ultra, reniega de aquella impasible serenidad del arte griego, de que nos habla Winckelmann.

Muy pronto, el revolucionario pensador de las selváticas y misteriosas orillas del Rhin volvió á sentir el tedio mortal en su alma, y la nostalgia de otra alma gemela le llenó de zozobras, de dudas y de melancollas. Su mirada se dirigió hacia todos los puntos cardinales, buscando el sér con quien platicar y discutir. Á la manera del doctor Johannes Bockerat, él, Gerhart Hauptmann, no puede vivir sin una Ana Mahr. Y, súbitamente, un gran gesto amistoso, algo así como la sombra del aletazo caudal de un águila que vuela hacia el Sol, detuvo su errabunda mirada. El profundo pensador de Skien le hacía señas.

El autor de *Los Tejedores* no vaciló un minuto. Cogió su saco de viaje, cubrió su cabeza con el gorro de pieles, puso bajo su brazo izquierdo el enorme paraguas de algodón y emprendió la marcha. Algunos días después, sudoroso y cubierto de polvo, se detuvo frente á la modesta morada de Ibsen.

—¿Está en casa el constructor Solness?—preguntó á la vieja y enjuta criada que salió á abrirle la puerta.

—Pase V.

El «alma solitaria» del Rhin, el errante viajero, penetró en el despacho del Macstro.

—Johannes Bockerat?—le preguntó el hombre de la cara de oso polar, sin devolverle el saludo.

—Sí y no. Yo no soy ahora un hombre, sino un espíritu ó una idea, como V. quiera. Hace mucho tiempo que he muerto ahogado en el lago que existe en mi jardín. Me suicidé por una mujer.

Su interlocutor le miró con mirada helada. Por entre sus labios entreabiertos se deslizaron, furtivas, algunas palabras:

—También yo he muerto por una mujer. Caf desde lo alto de mi torre.

—Somos, pues, dos espíritus: así nos entenderemos mejor.

—Sí, nos entenderemos mejor. Cuénteme su historia.

Entonces el solitario viajero empezó así:

—Yo era doctor. Vivía en Friedrichshagen con mi vieja madre y mi esposa Catalina. Estas dos mujeres son creyentes; yo no lo era. Tampoco era creyente el amigo Braun. Mi pensamiento, anhelante de verdades, se remontó más de una vez á la región de las ideas absolutas, y allí solamente fué que vivió libre y feliz. Odié la tierra, las imbéciles costumbres sociales, las leyes absurdas de los hombres y, sobre todo, la necedad é ignorancia de los burgueses. La alegría de los hombres me ha hecho mucho daño: no he comprendido jamás cómo podían reír esos hijos del dolor engendrados tan sólo para sufrir. En cuanto á las mujeres, nunca me movieron á lástima, porque son perversas: viven como los vampiros, chupando la sangre de los hombres.

El constructor Solness hizo una mueca, y expresó todo su pensamiento con una sola frase.

—Es su venganza.

—Ya sé, ya sé que V. dice—replicó el viajero del Rhin—que las mujeres tienen derechos. Y que el hombre se los ha desconocido hasta ahora. Pero, ¿es que el hombre mismo tiene derechos?

—No es una razón.

—Pero es una justificación; y en todo caso, esa supremacía del hombre es una resultante del derecho del más fuerte.

—¿V. cree que yo he sido más fuerte que Hilde? ¿V. cree que la madre de esta muchacha, aquella Ellida de *La dama del mar*, era menos fuerte que su marido? ¿V. cree que Rosmer y Hialmar son más fuertes que Rebeca y Gina? ¿V. cree que Torvaldo y Osvaldo son superiores á Nora y Mme. Alviag? ¿V. cree eso?

El hombre de la cara de oso polar, saliendo de su apatía se había puesto terrible. Su voz vibraba como latigazos de fuego. Sus ojos arrojaban llamas. Pero, súbitamente se calmó, y reclinándose en su sofá, dijo:

—Cuénteme su historia.

—Mi historia es la historia del pensamiento humano: buscar las alturas, ascender un momento y luego caer desesperanzado para que le huella é insulte la planta de los tontos y zafios.

Hizo un gesto de cólera el gran vencido, y prosiguió:

—Ya dije á Vd. que no amaba á los hombres ni á las mujeres, y si se agrega ahora que no creía en Dios, que era ateo, se comprenderá fácilmente cómo es que me hallaba solo en medio del hormiguero mundanal, cómo es que me veía perdido en medio de mis dudas y de mis pensamientos. Sólo era feliz cuando, seducido por la idea de que la vida intangible es la única realidad, me olvidaba de todo lo terreno, hasta de mí mismo, y platicaba placidamente con el Supremo Pensamiento. Así pues, respetando, como la respetaba, á mi vieja madre, y queriendo, como la quería, á mi mujer, que era una deliciosa criatura, me encontraba solo, abandonado, sin un sér que me entendiera. Cuanto más próximos estaban sus cuerpos á mi cuerpo, tanto más lejos estaba mi alma de sus almas. Yo era, en una palabra, un alma solitaria.

Un día entró á mi casa una estudiante rusa y desde ese momento supremo es que concebí la Felicidad. Ana Mahr era una joven inteligente y *sola* ¿entiende Vd? Es decir, que no tenía quien la comprendiera, que no tenía un alma gemela; era lo que yo era, en fin. Su alma solitaria era hermana de la mía. Nos vimos y nos adivinamos. Desde ese instante no nos podíamos separar jamás.

Nuestras aspiraciones eran, también, comunes. Suspirábamos por la libertad absoluta del individuo y queríamos trozar esas cadenas sociales que aprisionan el sér humano á todo lo que éste odia, precisamente. Y hablando, hablando siempre con aquella mujer que *entendía*—¿lo oye Vd? ¡me *entendía*!—mi pensamiento, buscando conjuntamente el significado de la vida y la ley

eterna que gobierna todas las acciones humanas, llegamos a unirnos de un modo tan estrecho que parecíamos marido y mujer.

— ¡Hilde! — suspiró el constructor Solness, siguiendo el vuelo de sus recuerdos.

— Entretenlo, — prosiguió el errante viajero — la Desgracia velaba cerca de nosotros. ¡Está escrito que el hombre no ha de alcanzar jamás la Suprema Felicidad! Apenas mi alma, unida al alma de Ana, olvidaba su soledad y recreábase con la más luminosa fiesta de la inteligencia, mi propia familia se alzó contra mí. ¡Mi mujer tuvo celos de Ana Mahr!

— ¡Hilde! — volvió a suspirar el viejo constructor.



Hubo entonces una gran pausa, y en medio de aquel religioso silencio, el grandioso noruego y el sublime alemán se confesaron la gran desventura de sus almas solitarias. Hilde Wangel y Ana Mahr eran la encarnación de la libertad, de la individualidad de aquellos dos grandes soñadores Halvard Solness y Johannes Bockerat. ¡Y ambos habían caído vencidos sin alcanzar la posesión plena de la ¡sueña esperanza! ¡Ambos habían sufrido todas las miserias de la vida, los rencores de los amigos y los celos de la familia, por pretender perseguir la propia individualidad!

El triste viajero del Rhin fué el primero en romper el silencio.

— ¡Qué lucha atroz, Dios mío, la que hubo de sostener entonces para que mi familia y mis amigos no me robaran mi propio pensamiento, — Ana Mahr! Porque ha de saber Vd. que hasta mi amigo Braun, inducido por mi madre y Catalina, me hizo una guerra despiadada.

— ¡El doctor Herdal! — murmuró el constructor Solness.

— Todos querían robarme á mi ventura. Y sin embargo, ¡lo juro solemnemente!, yo y Ana no éramos adúlteros. Yo no falté jamás á mi mujer. Nuestras relaciones eran puras; nos amábamos con un amor intelectual, con el amor de las almas solitarias. . . . Buscábamos la dicha en la libre manifestación de nuestro pensamiento; y, ya lo he dicho, Ana Mahr, para mí, no era una mujer, era *mi yo*, mi personalidad, mi idea, mi libertad!

— ¡Hilde!

— Aquella lucha espantosa no podía prolongarse por más tiempo. Todos sufríamos horriblemente. Pero, ¿cómo terminarla? ¡Ah! ¡lo de siempre! ¡La inteligencia pisoteada por la ignorancia! ¡La idea nueva y redentora, la libertad, sometida á las rancias costumbres preestablecidas, á la esclavitud! Yo no era libre, yo no me pertenecía; yo *era de mi mujer!* Ana robaba á Catalina; *yo, mi yo*, no estaba esclavizado á los derechos de mi mujer, debiendo estarlo! ¡Mi pensamiento no era mío; debía ser de Catalina! ¿Se concibe este absurdo? ¡Yo debía besar la cadena que me hacía esclavo y maldecir el pensamiento que me hacía libre! . . .

— ¡Hilde!



— Se ha hablado de *adulterio ideológico*, — continuó el viajero del Rhin, después de

una nueva pausa, — y se ha dicho que aunque mis relaciones con Ana eran puras, cometíamos pecado; por eso lloraba y sufría mi mujer. ¡Imbéciles! No comprenden que Ana no era una mujer, ni siquiera otra persona: era yo mismo, mi *yo*, mi pensamiento. Y si es cierto que yo tengo deberes para con los otros, no es menos cierto que los tengo para conmigo mismo. Yo cometo *adulterio ideológico* sin necesidad de que venga á mi casa una Ana Mahr; yo puedo enamorarme de una Idea, de una de esas mujeres encantadoras del Pensamiento, nacidas de la soledad del alma, en un oscuro rincón del cerebro. Yo puedo tener secretos intelectuales que ignoren todos los demás y renirle mi culto, mi pasión. . . . Y, sin embargo, esto no levantaría resistencias, porque no se ve. . . . ¡Ira de Dios! Pero, ¿es que yo vi en Ana á la mujer? ¡Ella no tenía sexo; era mi Idea!

— ¡Hilde! ¡Hilde! — susurró Solness — ¿Tenía sexo Hilde? ¡Yo la besé de pequeña, como ella dijo!

Y mientras el hombre de la cara de oso polar seguía el vuelo de sus recuerdos, el triste viajero del Rhin contó su historia:

— Mi mujer Catalina no era mala, no. Era una niña burguesa. Querías una prueba? He-la aquí. Ana va á partir, porque se ha tocado su corazón. Sabe que su presencia es la que llena de llanto los ojos de mi mujer, y de dolor el alma de mi madre. Pero, antes de partir, quiere nuestros retratos. ¡Oh, qué escena espantosa! ¡Qué lucha de pasiones! ¡Qué amor en el odio; qué rencor en la generosidad! ¡Parece mentira todo el mundo de pensamientos y de ideas que se cruzan dos mujeres en cuatro ó cinco frases!

« Ana — ¿Quieres darme tu retrato? »

CATALINA — Con mucho gusto. (*Se pone á buscarlo en un cajón del escritorio*). Pero, es muy antiguo. . . .

ANA (*golpeando con un dedo, ligeramente, la nuca de Catalina y con condescendencia*) — ¡Qué pobre cuellcito tienes! . . .

CATALINA — (*siempre buscando, vuelve un poco el rostro y con melancólica ironía*): No tiene que sostener una gran inteligencia, Ana! (*Tiende una fotografía á Ana*): Aquí está.

ANA — Muy bonito! muy bonito! ¿No tendrías alguno de tu marido? ¿Sí?

CATALINA — No sé.

ANA — Busca, busca, mi querida Catalina. . . . ¿Tienes uno, verdad?

CATALINA — He aquí uno (*le entrega un retrato*).

ANA — ¿Es para mí?

CATALINA — Sí, Ana; guárdalo (*Ana guarda vivamente la fotografía en su bolsillo*).

— Así, pues, — continuó el interlocutor del viejo noruego — mi mujer no era mala; comprendía su pequeñez, su debilidad, pero quería *conservarme*. . . .



— Así era Alina Solness, mi mujer, — interrumpió el gran constructor — Cuando ella creyó que Hilde había conseguido de mí que no subiría á mi torre para colgar la corona, — es decir, que por *conservarme*, aceptaba la influencia que la mujer rival podía tener sobre mí, — le dió efusivamente

las gracias, agregando esta confesión de su pobre corazóncito sangrante: « Yo no hubiera logrado jamás retenerlo ». — ¡Oh, Hilde, Hilde!

— Sí, nuestras historias — son la misma, — contestó el errante viajero del Rhin, — salvo el problema de hipnosis que entraña la suya. Pero la mía es más humana; la de Vd. es más simbólica.

— No importa, no importa! ¿Ana abandonó, al fin, su hogar, no es cierto? Y Vd., que no puede vivir sin ella, sin su pensamiento, se suicida arrojándose al lago que existe en su jardín, ¿verdad? Pues yo lo mismo, amigo mío. Yo me he suicidado para ser libre. Yo subí á la torre para suicidarme, sabiendo que no había de resistir al vértigo: siempre había sufrido del vértigo. Los dos hemos muerto por una mujer.

— ¿No hay, entonces, salvación para nosotros, Maestro?

— ¿Salvación? — repitió el grandioso noruego, bajando la cabeza y cayendo en profundo ensueño. — ¡Oh, sí! — exclamó de pronto, mirando con aire de soberbio triunfo á su interlocutor; — ¡oh, sí! ¡todavía tenemos salvación! ¡Devolvámos á la mujer los derechos que nosotros, los hombres, le hemos desconocido, y entonces seremos más libres!



Cuando Gerhart Hauptmann volvió á las selváticas y misteriosas orillas del Rhin, en el país de las brumas filosóficas, su alma estaba más triste que las Almas Solitarias y por sus labios rodaban las estrofas del « Juicio Universal » que cantaban los Tejedores debajo de las ventanas del fabricante Dreissiger.

VICTOR PÉREZ PETIT.

SÍMBOLO

EL SAPO Y LA ESTRELLA

I

La tierra está dormida
Bajo el silencio de los astros. Grave
Es el silencio que á pensar convida,
Azul la noche y el ambiente suave.

Tal debió ser la primer noche. Ascenden
Los astros por la bóveda infinita;
Los ramares sus pláticas suspenden,
Y como un seno que el amor agita
La reposante Creación palpita.

Sirio, flor del Misterio,
¡Qué espléndida no abre en el Oriente!
Flor la más prodigiosa de su imperio,
Con que la Noche engalanó su frente!

Y la estrella más pura
Luciendo en los espacios su hermosura,
Esa hermosura cándida del astro,
No imagina que el fuego de su rastro
Ciega á una miserable criatura.

II

Es ésta un sapo de ojos sin fulgores,
Un viejo sapo verde que la mira
Desde el tronco de un sauce corpulento.
¿Le estará revelando sus amores?
¿Será acaso una nota de esa lira
Que canta con los cánticos del viento?
¿Curioso idilio agreste,
Poder de la Belleza que destella!
Capítulo celeste:
¿Un sapo enamorado de una estrella!

III

¡El pequeño animal la está mirando!
¿Mendigo enmorado de una Diosa
Que pasa rutilando
En la infinita noche silenciosa!

¿Sueñas con los amores imposibles,
Miserable habitante del pantano?
¿Los seres insensibles
Ni aun se conduelen del dolor humano!

IV

En esto el desdichado
Da un salto á su poder proporcionado
Hacia la maravilla luminosa.
¿No ve que el infinito se ha cruzado
Entre la estrella y él? La rumorosa
Brisa ríe al pasar entre las matas
Y agita la cabeza de una rosa.

Da un salto y cae sobre sus cuatro patas.
¿Pensó acaso alcanzar al gran lucero?
Un poeta que el hecho contemplaba
Y el influjo admiraba
Del ideal distante,
Le dice:—Majadero,
¿Creeías que te miraba
Sirio con su pupila rutilante?
Y el sapo:—Caballero,
Tal cosa no pensaba.
Supuse por su luz, únicamente,
Que fuera una luciérnaga inocente,
Y tras de contemplarla estupefacto
Di el salto que usted ha visto ¡inútilmente!
Pues pensaba tragárnela en el acto.

VÍCTOR ARREGUINE.

MANUEL GUTIÉRREZ NÁJERA

El artículo que á continuación se inserta fué publicado por su distinguido autor en el periódico «La Biblioteca» de Buenos Aires.

Aunque la REVISTA NACIONAL no da cabida en sus páginas sino á trabajos inéditos, hace esta vez una excepción con el estudio crítico del señor Berisso, en mérito á que su autor, deseando justamente que esa producción sea conocida en América, considera que el medio más apropiado para conseguirlo es su inserción en nuestras columnas.

Tratándose, por otra parte, de Manuel Gutiérrez Nájera, uno de los más notables poetas contemporáneos de América, creemos de interés la reproducción, y rendimos con ella homenaje á la memoria del malogrado vate mejicano.

El sublime elegista mejicano tenía un hilo de oro atado al pie y apenas aletanaba en la noche del pesimismo, volvía á su romántico uido, tapizado con el plumón de todas los ensueños, oñibado con el calor de todos los amores, y desde ahí seguía entonces la melodiosa melodiosa lacrimosa y divina. Divinas sin hipócrita, porque del levantamiento volcánico, producido en su corazón por el dolor y el desencanto, de la lava petrificada y decorada de cáctos espinosos floreadas de copas de sangre, surgían cimas muy altas, muy serenas, muy niveas; esas cimas en que los antiguos colocaban á los dioses, desde donde los modernos ven el cielo más insondable, más negro, pero más fulgurante las estrellas.

(JUSTO SIERRA, Prólogo á las Poesías de Gutiérrez Nájera).

Dos años ha moría en el extremo sur de la América del Norte este poeta encantador.

América cubrió su sepulcro de coronas de laurel y de blancas siemprevivas, y sus compatriotas despidieron sus restos con los honores de un príncipe. ¡Y era de veras un príncipe Manuel Gutiérrez Nájera! era un príncipe de la Poesía el que se alejaba para siempre de la tierra, yendo á buscar quizá, en su seno, como el malogrado Luis de Baviera, el ray loco, en el fondo del lago, la suprema visión!

Vióse marchar detrás del ataúd, en procesión silenciosa, camino del cementerio, á un pueblo entero. Sus discípulos, inconsolables y llorosos, llevaron á pulso el cadáver del amado maestro, cubierto con la bandera mejicana. Al enterrarlo, hubiérase dicho que cada uno de los presentes dejaba allí un pedazo de alma.

¡Ah! la muerte tiene estas emboscadas inesperadas y terribles; sale al encuentro cuando menos se piensa en ella, y troncha de golpe los anhelos más santos y los entusiasmos más noblemente inspirados. Á Gutiérrez Nájera lo sorprendió en momentos en que, con paso firme y mirada certera, divisaba ya la isla ideal de sus sueños, de sus risueños sueños de gloria; cuando comenzaba para él la hora triunfal por tanto tiempo anhelada. Su desaparición produjo un estremecimiento en la sociedad mejicana y un derruñe en el hogar bendito, donde quedó huérfana su hija Cecilia, á quien él tanto adoró. Se fué en una melancólica tarde de otoño. Y murió joven, á los treinta y seis años, al llegar á la meseta superior de la existencia.

La vida del *Duque Job*—era éste su pseudónimo—podría concretarse así: una aspiración sin término á los cielos del Ideal. Diríase que no reconocía nada más alto después de Dios, que la divina Poesía. Á ella consagró sus veladas de profundo recogimiento. En el colegio, mientras sus camaradas mataban las horas libres en recreaciones propias de la edad, él discurría consigo mismo y entablaba diálogos con los profesores sobre puntos oscuros de teoría literaria, «en que apuraba sus instintos estéticos y su pericia artística.» Acostumbróse á meditar desde temprano y se fatigó los ojos rastreando en la *Biblia* el génesis del Mundo; en Platón y Aristóteles, la ciencia y la filosofía; en los *Vedas* y en el *Ramayana*, el nacimiento de las religiones; en Homero, el valor y el sacrificio de los héroes troyanos, y en la *Mitología* universal, el origen de las abstracciones y de los símbolos.

Por la escala del amor llegó á la bondad, y por la de la plegaria se remontó á Dios. Un himno á la Virgen hizo creer en el advenimiento de un poeta místico; pero ese cántico no era sino una de tantas bizarrías de quien iba á pasar por las evoluciones más raras y caprichosas, yendo de la fe ciega en la Divinidad hasta la

completa negación del Todo; de San Francisco de Asís á Kant; siendo alternativamente creyente y ateo; bobiendo á la voz en los manantiales del arte cristiano y de la poesía pagana, para volver en sus últimos días á cantar á Dios.

Su madre logró transfundirle la delicadeza y la ternura que exornan la mayoría de sus composiciones; y su padre le enseñó, con el ejemplo, la ruta intrincada que conduce al honor y á la gloria.

De eso tronco brotó un retoño sano, en que el odio no pudo albergarse. Si alguna vez lo sintió, no lo dejó ver. Su cerebro, henchido de substancia luminosa, recibía luz de todas partes y la reflejaba como el sector de los faros giratorios. Por eso era querido y era amado. Por eso la memoria del poeta vive, como si el muerto estuviese presente. Por eso la juventud de Méjico sigue la huella que él le señaló; le ensalza, y levanta su nombre como una bandera.

Su cuerpo era de Méjico y su alma de París. Impregnóse su espíritu de «parisina», á punto de que su producción se confundiría con la de un escritor francés, si no fuese el tema local. En prosa, lírico ó ligero, un periodista *boulevardier*; en verso, un insigne banvillista, en su mejor período. En sus primeras poesías vese algo como una predilección por Alfredo de Musset.

La melancolía era la nota dominante de su inspiración.

Mariposas, Ondas muertas, La Serenata de Schubert, son notas arrancadas á un harpa donde hay una cuerda que constantemente gine.

Y ese gemido sigue dominando en *Mis entuladas, Almas huérfanas y Cecilia*, convertido á veces en suspiro, en queja, en llanto; pero jamás en un apóstrofe ó en un grito de rebelión.

Y este exquisito soñador, que no había nacido para las «plebeyerías republicanas», pagó también tributo á la política. Tuvo que andar del brazo de esa cortesana rica, caprichosa y voluble. El brillo de las armas y la oratoria tiene para las multitudes inconscientes mayor fulgor que el de las letras. Los entorchados del militar se reverencian más que un gajo del laurel simbólico. La Poesía, en Méjico como en todas partes, perseguida y odiada, andaba desnuda. Y era preciso vivir. Paladeó entonces Gutiérrez Nájera la amargura del esfuerzo sin premio y el acre sabor de la murmuración. Entró á los debates de la prensa; «hizo florecer el editorial y dió lira á la crónica.» Y, puro y bueno, tuvo que adular, Horacio mal recompensado, al eterno Porfirio.

Con todo, fué blanco de intrigas palaciegas y de servilismos deprimentes. Se defendió con nobleza, oponiendo á la pesada manopla de sus adversarios la punta del florete; y, una vez vencidos, los abandonaba á su propia nulidad, sin odios y sin venganzas, que no tenían cabida en aquel caballero sin tacha, «en aquella alma enferma de ideal, que, como se dijo de la de Jouberth, estaba encerrada y cohibida por un cuerpo cualquiera encontrado por casualidad» (1).

Evidentemente, la política no llegó á seducirle. El arte sí. Los domingos hacía su viaje al país de las fantasías; tenía su desahogo lírico; trazaba la *Conversación Dominical*, especie de *causerie* amena y sutil, saturada de fragancias femeninas y de gracia gentil. Aprovechaba eso

(1) JUSTO SIERRA, Prólogo á las Poesías de Gutiérrez Nájera.

paréntesis semanal para hacer su florilegio, llenando cuatro grandes columnas de notas é impresiones, mezclando máximas y anécdotas, novelas cortas y pequeños poemas, el cuento triste y la crónica alegre, el relato de bodas y la reseña teatral, todo en un desborde policromo de matices delicados y de colores marentes. Presentaba bajo nuevos prismas el claro-oscuro de un libro, las ocultas revelaciones de un libro, las armonías secretas de la música; daba la sensación de una alborada ó de un crepúsculo, ó hacía cantar al bosque somero.

La realidad adquiría contornos de ensueño, y los cuadros revivían imponentes ante la vista: Chapultepec, impenetrable y lleno de misterio; las cascadas rumorosas del Atoyac, coloreadas de irícos fulgores; la vegetación abrupta que trepa por las rocas montuosas, formando en los árboles centenarios, cubiertos de enredaderas floridas, fantásticas glorietas, y el ambiente irizado, poblado de aromas silvestres, de zumbidos de abejas y de píos de pájaros.

Familiarizó á los mejicanos con « los grandes hombres y los grandes capítulos de la historia »; acuñó á Morelos, Hidalgo, Juárez, en medallones destinados á perdurar; hizo la defensa de Lesseps, en el artículo *Conviene morirse á tiempo*; en los *Poetas Españoles* sostuvo la tesis de que « ya no los hay en la Península »; y en el titulado *Oyendo á Wagner* adoptó un género de crítica musical nuevo en América: el de la sensación subjetiva, á la manera de Méndez.

Durante quince años de periodismo derrochó su talento en mil juguetes, en cuentos rápidos, en ensavaciones de arte, en *scherzos* y acuruelas, en polémicas políticas é históricas, en ecos volantes de impresión personal.

Tamagno, con su voz de trueno; la Patti, con sus escalas cromáticas de trinos sorprendentes; Brindis de Salas, con su violín mágico,— caja de almas difuntas; la Hadyng, la Judith, Coquelín... trágicos, cantantes, pintores, músicos, poetas, no olvidarán por cierto la memoria del *Duque Job*, por más que no todas hayan sido rosas las que él distribuyera al pasar.

Quien lo conoció me asegura que producía fácilmente. Dejaba volar la pluma sobre el papel, mientras que en su mente bullían las ideas; iba desarrollando el tema, coordinaba los pensamientos, y entre charla y charla con sus colegas, el escrito empezaba á tomar forma, llenaba una carilla tras otra con celeridad pasmosa, hasta que llegaba al final; borraba una palabra, enmendaba una cláusula, cambiaba un adjetivo; y momentos después presentaba un escrito como un fotografía presenta un negativo, un pintor un cuadro, un grabador una lámina.

Y no obstante esa rapidez de concepción única, en medio de chisporroteos de fuegos de artificios, de truncamientos de frase y de dislocaciones de sintaxis, hacía saltar por fin á la superficie un pensamiento resplandeciente como un sol.

Sus poesías ¿qué encierran? sueños, visiones, esperanzas, recuerdos; la fe y la duda; el poema del amor eterno, con su prelude divino y con su epilogo desesperante; caprichos, locuacidades y bizarrías de mente inquieta; remembranzas de etéreas y angélicas figuras, evocaciones, cosas reales y cosas imposibles; lo real, envuelto en tules vaporosos y fantásticos, y lo ideal, en un nimbo de ultraterrestre esplendor.

Sutil y extrema delicadeza del verso hay en la composición *Ondas muertas*:

En la sombra debajo de tierra,
donde nunca llegó la mirada,
se deslizan en curso infinito
silenciosas corrientes de agua.
Las primeras, al fin sorprendidas
por el hierro que rocas taladra,
en inmensos penachos de espumas
hervorosas y limpidas saltan.
Mas las otras en densas tinieblas
retorciéndose siempre resbalan,
sin hallar la salida que buscan,
á perpetuo correr condenadas.

Á la mar se encaminan los ríos,
y en su espejo movable de plata
van copinando los astros del cielo
ó los pálidos tintes del alba;
ellos tienen caudales de flores;
en su seno las niñas se bañan;
fecundizan los fértiles valles,
y sus ondas son de agua que canta.

En la fuente de mármoles niveos
juguetona y traviesa es el agua,
como niña que en regio palacio
sus collares de perlas desgrana.
Ya cual flecha bruñida se eleva,
ya en abierto abanico se alza,
de diamantes salpica las hojas
ó se duerme cantando en voz baja.

En el mar soberano las olas
los peñascos abruptos asaltan;
al moverse, la tierra conmueven
y en tumulto los cielos escalan.
Allí es vida y es fuerza invencible;
allí es reina colérica el agua;
como igual con los cielos combate,
y con dioses y monstruos batalla.

Y ahora, ved la antítesis entre esas corrientes subterráneas donde jamás llegó ojo humano, y las que pas n por el alma abriendo surcos también invisibles á la vista, pero más hondos que aquellos que dejan las aguas al deslizarse por los flancos de la montaña y al estrellarse con estrépito en las peñas:

¿Cuán distinta la negra corriente
á perpetua prisión condenada,
la que vive debajo de tierra
do ni yertos cadáveres bajan!
La que nunca la luz ha sentido,
la que nunca solloza ni canta,
esa muda que nadie conoce,
esa ciega que tienen esclava!
Como ella, de nadie sabidas,
como ella de sombras cercadas,
sois vosotras también, las oscuras,
silenciosas corrientes de mi alma.
¿Quién jamás conoció vuestro curso?
¡Nadie á veros benévolo baja!
¡Y muy hondo, muy hondo se extienden
vuestras olas cautivas que callen!

Y si paso os abricaran, saldríais
como chorro bullento de agua
que en columna rabiosa de espuma
sobre pinos y cedros so alza!
Pero nunca jamás, prisioneras,
sentiréis de la luz la mirada...
¡Seguid siempre rodando en la sombra,
silenciosas corrientes del alma!

Si os detenéis en los versos reproducidos, os convenceréis de que no hay uno solo suscepti-

ble de ser cambiado por otro, sin que la composición pierda su belleza.

Ho aquí el ramillete que formó de todas las blancuras:

¿Qué cosa más blanca que cándido lirio?
¿Qué cosa más pura que místico cirio?
¿Qué cosa más casta que tierno azahar?
¿Qué cosa más virgen que love neblina?
¿Qué cosa más santa que el ara divina
De gótico altar?

¿No ves en el monte la nieve que albea?
La torre muy blanca domina la aldea;
las tiernas ovejas triscando se van;
de cisnes intactos el lago se llena;
columpia su copa la enhiesta azucena
y su áfura inmensa levanta el volcán.
Entremos al templo: la hostia fulgura;
de nieve parecen las canas del cura,
vestido con alba de lino sutil;
cien niñas hermosas ocupan las bancas,
y todas vestidas con túnicas blancas
en ramos ofrecen las flores de abril.
Subamos al coro; la virgen propicia
escucha las rezos de casta novicia
y el Cristo de mármol expira en la cruz:
sin mancha se yerguen las velas de cera,
de encaje es la tenue cortina ligera
que ya transparente del alba la luz.
Bajemos al campo: tunulto de plumas
parece el arroyo de blancas espumas
que quiere cantando correr y saltar;
su airosa mantilla de fresca neblina
terció la montaña; la vela latina
de barca ligera se pierdo en el mar.
Ya salta del lecho la joven hermosa,
y el agua refresca sus hombros de diosa,
sus brazos ebúrneos, su cuello gentil;
cantando y risueña se ciñe la enagua,
y trémulas brillan las gotas de agua
en su árabe peine de blanco marfil.

Da la sensación de la naturaleza en la silva *Tritísima Nox*; condensa el dolor funerario en *Mis enlutadas*; la tristeza elegiaca, en *Almas huérfanas*; es pesimista en *El monólogo del incrédulo*, y en *Nom omnis moriar* tuvo la visión de la inmortalidad.

Y siempre, hasta en sus canciones menos felices, tiembla una lágrima ó gime un acorde.

Ya es una serie de notas de Chopin, ya es una elegante rapsodia parisiense, ya una galantería feudal, ya un clásico y lejano són de flauta, — ha dicho un crítico.

Cuando publicó *La Serenata Schübert*, los conservadores y los rutinarios, aferrados á los preceptos de escuelas anticuadas é incapaces de evolucionar por el temor de perder pie y exponerse á un fracaso, le atacaron rudamente, sin razón, á mi ver, pues en esos versos no hay nada que no sea elegantemente « clásico ».

Aquel lírico soñador realizaba sus obras tal cual las concebía, sin pesarle ajenos juicios y sin destruir jamás un solo verso para halagar á los indoctos y profanos. Se daba por satisfecho con que lo entendiesen unos pocos, ó el invisible ruiseñor que anidó en su alma. É hizo bien. Comprendió que el verdadero artista no es el que adula los gustos comunes, sino el que, — inabordable aristó, — se recluye en su torre de marfil.

Escuchad ahora los deliciosos arpegios de esta melodía verbal:

¡Oh, qué dulce canción! Limpida brota
esparciendo sus blandas armonías,
y parece que lleva en cada nota
muchas tristezas y ternuras mías!

¡Cuántos cisnes jugando en la laguna!
¡Qué azules brincan las traviesas olas!
en el sereno ambiente ¡cuánta luna!
mas las almas ¡qué tristes y qué solas!

En las ondas de plata
de la atmósfera libre y transparente
como la Ofelia náufraga y doliente,
va flotando la tierna serenata!...

Hay ternura y dolor en ese canto,
y tiene esa amorosa despedida
la transparencia nítida del llanto
y la inmensa tristeza de la vida!

¿Qué tienen esas notas? ¿por qué lloran?
Parecen ilusiones que se alejan...
¡Sueños amantes que piedad imploran
y como niños huérfanos se quejan!

Bien sabe el trovador cuán inhumana
para todos los buenos es la suerte...
que la dicha es de ayer... y que «mañana»
es el dolor, la obscuridad, la muerte.

El alma se compunge y se estremece
al oír esas notas sollozadas...
¡Sentimos, recordamos, y parece
que surgen muchas cosas olvidadas!

Y surgen al compás del ritmo la casita blanca,
el lago azul, el huerto, la arboleda, las horas
de felicidad pasadas junto al pianó, con la no-
via de rubios cabellos y de mirada celeste:

¡Un peñador muy blanco y un piano,
noche de luna y de silencio afuera...
un volumen de versos en mi mano
y en el aire y en todo primavera!

¡Qué olor de rosas frescas en la alfombra!
¡qué claridad de luna! ¡qué reflejos!
¡Cuántos besos dormidos en la sombra,
y la muerte, la pálida, qué lejos!

En torno al velador, niño jugando...
la anciana, que en silencio nos veía;
Schubert en tu piano sollozando,
y en mi libro Musset con su «Lucía».

¡Cuántos sueños en mi alma y en tu alma!
¡cuántos hermosos versos! ¡cuántas flores!
En tu hogar apacible ¡cuánta calma!
y en mi pecho ¡qué inmensa sed de amores!

Asoma su lívida faz el desencanto. Desfilan
los recuerdos. En la mente del bardo reaparece
cándida y astral la amada criatura. El viento
murmura en voz baja cosas del pasado, lleván-
dose los ecos lánguidos de la serenata, que se
esfuman vagos y teneus, en la noche estrellada:

¡Y todo ya muy lejos! ¡todo ido!
¿En dónde está la rubia soñadora?
¡Hay muchas aves muertas en el nido,
y vierte muchas lágrimas la aurora!

Todo lo vuelvo a ver... ¡pero no existe!
todo ha pasado ahora... ¡y no lo creo!
¡todo está silencioso, todo triste...
y todo alegre, como entonces, veo!

Ésta es la casa... ¡su ventana aquélla!
éso el sillón en que bordar solía...
la reja verde... y la apacible estrella
que mis nocturnas pláticas oía!

Los románticos devaneos de la juventud per-
sisten, vuelven como un *ritornello*. El poeta re-
cuerda todavía aquellos ojos que *hablaban*, aque-
lla cabellera que caía,—cascada de bucles,—so-
bre sus hombros alabastrinos, aquellos labios
hechos para besar, aquellas mejillas frescas, que
denotaban la pureza virginal, y aquel cuerpo
gentil, que tenía los contornos de la Venus de
Hamerling.

Inquieto y febril la busca; cree verla en el
jardín, detrás del cedro robusto, donde por vez
primera la estrechó palpitante entre sus brazos:

¡Y nada existió ya! Calló el piano...
cerraste, virgencita, la ventana...
y, oprimiendo tu mano con mi mano,
me dijiste también: «¡Hasta mañana!»

¡Hasta mañana!... Y el amor risueño
no pudo en tu camino detenerse!...
y lo que tú pensaste que era sueño,
fue sueño ¡pero inmenso! ¡el de la muerte!

¡Ya nunca volverás, noche de plata,
ni unirán en mi alma su armonía
Schubert, con su doliente «serenata»,
y el pálido Musset, con su «Lucía»!

En estos acentos, el alma del bardo, herida
por la tristeza, gime. Revive la decoración con
un poder de encanto sugestivo: los arpeggios de
la serenata flotan en un crepúsculo de ópalo,
mientras su memoria se reconcentra por últi-
ma vez en la imagen angélica que lo despertó á
la vida.

Y esa nota sigue acentuándose en la composi-
ción *Mariposas*.

La armonía imitativa y el ritmo cadencioso
están tan íntimamente fundidos con la idea, que
la poesía se convierte en música:

Ora blancas, cual copos de nieve,
ora negras, azules ó rojas,
en miriadas esmaltan el aire
y en los pétalos frescos retozan.
Leves saltan del cáliz abierto
como prófugas almas de rosas,
y con gracia gentil se columpian
en sus verdes hamacas de hojas.
Una chispa de luz les da vida
y una gota al caer las ahoga;
aparecen al claro del día
y ya muertas las halla la sombra.

¿Quién conoce sus nidos ocultos?
¿En qué sitio, de noche, reposan?
¡Las coquetas no tienen morada!...
¡Las volubles no tienen alcoba!...
Nacen, aman, y brillan, y mueren;
en el aire al morir se transforman,
y se van sin dejarnos su huella
cual de tenue llovizna las gotas.
Tal vez unas en flores se truecan,
y llamadas al cielo las otras,
con millones de alitas compactas
el arco-iris espléndido forman.
Vagabundas, ¿en dónde está el nido?
Sultanita, ¿qué harem te aprisiona?
¿Á qué amante prefieres, coqueta?
¿En qué tumba dormirás, mariposas?

Y en el contraste entre el fragmento que aca-
bo de citar y el que viene, la melancolía se
trueca en queja doliente. Á las mariposas rea-
les suceden las mariposas fantásticas:

¡Así vuelan y pasan y espiran
las quimeras de amor y de gloria,
esas alas brillantes del alma,
ora blancas, azules ó rojas!
¿Quién conoce en qué sitio os perdisteis,
ilusiones que sois mariposas?
¡Cuán ligero voló vuestro enjambre
al caer en el alma la sombra!

Y pasan, en fúnebre ronda, los insectos ala-
dos:

Tú, la blanca, ¿por qué ya no vienes?
¿No eras fresco azahar de mi novia?
Te formé con un grupo de lirios
que de niño llevé á la parroquia;
eras casta, creyente, sencilla,
y al posarte temblando en mi boca,
murmurabas, heraldo de goces:
«¡Ya está cerca tu noche de bodas!»

De aquí hasta el fin, Gutiérrez Nájera escri-
bió las estrofas que siguen con el corazón san-
grando. Bajo la aparente placidez de la forma
siempre suave y melancólica, en que el apóstro-
fo airado no corta jamás la serena armonía del
ritmo, el espíritu descubre allí, en el fondo de
su estructura íntima, desgarramientos de fibras
interiores y sollozos ahogados.

¡Ya no viene la blanca, la buena!
¡Ya no viene tampoco la roja,
la que en sangre tuñí, beso vivo,
al morder unos labios de rosa!
Ni la azul que me dijo: ¡poeta!
ni la de oro, ¡promesa de gloria!
¡Ha caído la tarde en el alma!
Es de noche... ¡ya no hay mariposas!
Encendí ese cirio amarillo...
¡Ya vendrán en tumulto las otras,
las que tienen las alas muy negras
y se acercan en fúnebre ronda!
Compañeras, la cera está ardiendo;
¡compañeras, la pieza está sola!
¡Si por mi alma os habéis enlutado,
venid pronto, venid, mariposas!

Y llegaron también para el poeta las maripo-
sas negras, símbolos del dolor y de la muerte!
«En el tibio hogar, cuántas lágrimas! ¡qué
tristes noches! Los pájaros callaban en sus do-
radas jaulas; el girón de cielo azul no se asoma-
ba á la gota de rocío que titilaba en el rosal; la
amada cabecita rubia no loqueaba en el amplio
corredor; la luz y la alegría habían huido. Y los
ojos anublados y las bocas contraídas, y cada
figura humana era una sombra trágica, y cada
mirada un dolor comprimido.»

«Todos los cariños agrupados alrededor de
aquel lecho: el amor sosteniendo combate en-
carruzado con la muerte, defendiendo esa exis-
tencia excelsa, ha rogado, ha mandado ora gritos
de rabia sorda como las ondas de un mar en
ebullición, ya lamentos de ternura infinita, y el
recio combate terminó con una victoria más para
la muerte!» (1).

Gutiérrez Nájera fué un espíritu ansioso de
luz, al que ya no le bastaba el pasado, ni le sa-

(1) Véase el artículo necrológico de la *Revista Azul*
de Méjico.

tisfacía el presente: volaba hacia el porvenir; filósofo, quiso rasgar el velo que oculta los misterios insondables de Psiquis; creyente, no dudó de sí mismo, aunque estaba persuadido de que el éxito no sería inmediato; artista, persiguió su gran quimera, el Ideal, que cuando se cree alcanzado huye á lo lejos como osos palacios de encantamiento que forjan las nubes en el horizonte brumoso, ó se precipita de golpe en una tumba.

¡Ya descansa en ella el poeta de las sublimes elegías!

¡El esquife gallardo sobre el que cruzó á velas desplegadas el océano de la duda y salvó la tempestad de las pasiones queda encallado, allá, en los arrecifes de la costa!

Saludemos el recuerdo del extraño sér, que se aisló deliberadamente « en la isla del inmortal Ensueño; » de quien amó con tanto amor al Arte; celebremos la perseverancia del lírico insigne, adorador fanático de una diosa que entre nosotros no tiene altares, ó inclinémonos respetuosamente ante el hombre que, después de haber probado todos los goces y todos los sabores de la vida, se alejó para siempre de esta mísera tierra, — desterrado ciudadano de un Versalles ideal — yendo á buscar quizá, en su seno, como el malogrado Luis de Baviera — el rey loco — en el fondo del lago, la suprema visión!

LOIS BERISSO.

ROMANZA DE LA NOCHE

Hora de los misterios: llega el nocturno
Cortejo de las sombras; ya taciturno,
En busca de las ruinas, pasa el murciélago,
Y arriba, en el espacio, rueda Saturno
Como bajel errante del alto piélago.

Bajo la astral penumbra sueña el poeta,
El peregrino pálido, que sus amores
Evoca en la callada noche secreta,
En el parque risueño donde las flores
Dialogan con la brisa que gime inquieta.

Solo con las creaciones de su delirio,
Solo con sus tristezas soñando avanza;
Cual mágico brillante cintila Sirio,
Y la parece el astro fúnebre cirio
Alumbrando la tumba de su esperanza.

Interroga á los astros, triste, muy triste,
Como Hamlet en la fría tumba de Ofelia:
—Reina de luz que al cielo rauda ascendiste,
¡Oh flor de las alturas!, ¿acaso visto
La estrella de mis noches, la blanca Celia?

EL ASTRO

Envolvió el polvo de oro de nuestros rastros,
Poeta que en la negra duda vacilas,
Su cuerpo hecho de auroras y de alabastros,
Y habieron fulgores todos los astros
En la fuente de fuego de sus pupilas.

EL POETA

¿No viste en el misterio de los jardines
Melancólico lirio, lirio sin mancha,
La hermana de las rosas y los jazmines,
Pura como los ángeles y serafines,
Alba como la nieve de la avalancha?

EL LIRIO

Humillando el orgullo de las corolaa,
Vuelta la faz al cielo, pálida y mística,
Pasó como una blanca visión artística
Por las sendas floridas, tristes y solaa,
Irradiando una extraña luz encáristica.

EL POETA

Caricia de los Sifos, floral aliento,
Brisa que entre las ramas trémula giraa,
Y con edóico ritmo tenue suspiraa,
¿No llevaste en tus alas su dulce acento,
Envidia de las harpas y de las liraa?

LA BRISA

Poeta que medita entre las frondaa,
Y en la callada noche tu pena exhalaa
Rimando en su misterio tus quejas hondaa,
Yo ondulé de sus rizos las hebras blondaa
Y sus suaves suspiros llevé en mis alas.

EL POETA

Dadmo vuestros perfumes, vuestros fulgores,
Vuestros murmullos, brisas, astros y flores,
Que besasteis su regio cuerpo de diosa,
Modelado con pétalos de lirio y rosa
Para el mágico idilio de los amores!

Sueña el bardo; en el parque donde sus huellas
Imprimió el ángel blanco de sus querellas,
Se yerguen las magnolias, verdes pirámides,
Como sombras envueltas en largas clámides
Meditando á la lumbre de las estrellas.

CARLOS ORTIZ.

Buenos Aires.

Á Crisóstomo Gorordo

El triunfo de la crápula, Gorordo,
La dueña de la miel y de la fruta!
Al justo y bueno, siempre la cicuta;
Desdón al pobre, en tierra como á bordo.

Respetado el patrón, el lleno, el gordo,
El hartazgo que sobre el hambre eruta,
Y el miedo y la codicia en la disputa
Que obligan á callar y hacerse el sordo.

Y dale á cada rato con que el mundo,
Repetiendo la frase majadera,
Es el valle de lágrimas, me dices;

Un maldecido callejón inmundoo,
Que mejor es cruzarlo de carrera
Ocupado en taparse las narices.

ANTONINO LAMBERTI.

Lejanías

Á Andrés A. Mata.

Me ordenas, bella amiga, te escriba algo
al crepúsculo, cuando el sol en su clámide
de púrpura agoniza en un mar de nácar
encendido, cuando las distancias toman un
tinte azulado y la niebla prende sus filigranas
grises en los calados de las iglesias.

Bien bella es la hora en que atardece:

hay un recogimiento de alma, una comunión
de sentimientos; se siente uno bueno,
puro; parece que la tristeza del silencio es
como la absolución de nuestras locuras; hay
invocaciones religiosas, y se rememoran las
oraciones de niño, cuando el padre agrupaba
á la familia cerca del gran cuadro de la
Dolorosa para desgranar las florecillas mis-
ticas de la plegaria, mientras el toque del
Ave María desfallece lento como un queji-
do, bendiciendo al pasar las cabezas incli-
nadas ó dulcificando los oídos del que en el
lecho revuelve las penas del alma ó sufre
las miserias del cuerpo.

Esta es mi hora de quimeras: ante mi
ventana se alza un hospital de piedra color
de siena, con su techo de pizarra que azulea
al último beso del sol, circuido de un alto
muro rojo por donde trepan, agarrándose
á los salientes, largas enredaderas que
van en verde tropel á husmear por las enormes
ventanas de vidrios lisos, hasta subir la
más intrépida cerca del caño que avanza su
grifo punzante como la cabeza de una sierpe
irritada, y ofrece raro contraste el abrazo
cariñoso y fresco del césped riente y el
color serio, triston y en trechos lúgubre de
los altos paredones.

Por encima de todos los tejados se re-
tuercen columnas de humo, que van en es-
pirales formando caprichosas aristas ó figu-
ras no humanas; y allá abajo, el río como an-
cha cinta de azogue, lleva los barcos de ve-
lámenes confusos cual mariposas chinas, y
un vapor blanco pita triunfal entre los lan-
chones de carga que débilmente arrastra la
corriente.

Vienen las quimeras á modelarme paisa-
jes soñados, en colores brillantes; trozos de
cúpulas de basilicas gigantescas; arcos de
puentes que unen montañas de nieve; escenas
de tabernas en plenos barrios de artistas;
tristezas de calabozos de criminales
sublimes; romanzas y valsees que cantan las
novias; y todo pasa, todo vive como defini-
do entre la niebla, y todo se diluye en la
sombra que va oscureciendo los verdes de
la enredadera del hospital vecino, por donde
se ven cruzar las siluetas de las enfer-
meras, como mensajeros de consuelo para
los que sufren en sus melancólicas camitas,
ó se siente la campanilla anunciadora de
que alguien se fue lejos del mundo en un
suspiro del crepúsculo.

Ya ve V., mi bella amiga, que el crepú-
sculo es mi lira de tristezas y recuerdos, á
esa hora suben las plegarias para mis muer-
tos y se amontonan los duendecillos de la
neurosis.

Pero, en tanto que la noche cae, se incen-
dian las vitrinas, se inunda el boulevard;
cruza el joven de frac, sonríe la chiquilla
mal pintada, escudriña la vendedora de
amores, y hasta una pordiosera cuyas limos-
nas han alcanzado una buena cifra se atre-
ve á melopear desentonadamente los restos
de una canción.

FRANCISCO GARCÍA CISNEROS.

New York.



EN EL CAMPO

Á José E. Rodó.

En los verdes lujosos de la parra
Y en el lujo celeste de la altura
Brillan trozos de espléndida hermosura,
Y bajo ellos seduce una guitarra.

Es la hora en que canta la cigarra,
Como en bello jaulón, en la espesura,
Y una belleza de auroral frescura
En tierno canto sus amores narra.

¿Quién es? La emperatriz, la que en las trillas
Muestra elegancia en su estatura esbelta,
Y rubores de cielo en las mejillas;

La que, arcángel de vívido alabastro,
Pide una flor para su crencha suelta,
Girón de sombra en que es la flor un astro!

GUZMÁN PAPINI Y ZAS.

Solos de violín

En las noches de invierno—dijo Armando Duc, en un corro de amigos que contaban los pasajes más ó menos festivos de su primera juventud—en esas noches nos reuníamos varios íntimos en la piecicilla de una confitería á jugar á las cartas. De eso han pasado algunos años. Hablo de nuestros tiempos de juventud.

Serafín, el dependiente, nos solía entretenir ó aburrir con sus charlas interminables sobre su afición favorita, el violín. Cuando nos fastidiaba, lográbamos hacerlo huír corrido, á fuerza de burlas, y esto nos costaba un triunfo.

Á primera vista, Serafín era un jovencillo insignificante, que inspiraba lástima más bien, con el conjunto desgraciado de su figura enclenque y medio desgarrada; con aquel rostro amarillo, de perfil amonado, de ojos claros con la mansa expresión de los de un conejuelo casero; aquellos bigotazos enterrubios que se enmarañaban encima de sus labios gruesos y pálidos, y aquel pelo alborotado reñido con el peine. Tratándolo se hacía simpático. Había que verlo con el cogote estirado como un ganso, abriendo la boca para sonreír amablemente al interrogar ó contestar con voz amerengada á los clientes del mostrador: «¿Qué desea usted?»... «¿Caramelos de ananá, bien!»... «¿Bombones?»... «Ah!,... excelentes, riquísimos!»...

Su carácter era débil y simplón; y en el cerebro tenía una dosis regular de saber en el ramo, nada más. Muy apegado, como he dicho, á la música, la destrozaba sin piedad. Á Offenbach y Mozart no los conocía ni de oídas. El violín (su pasión) en sus manos emitía puros rasguños; su repertorio, al que daba el nombre de notas, escalas, andantes, *pizzicatos* y otros títulos que ¡pobre mozo! maldito si los entendía, era nulo.

No obstante su timidez y su simpleza, era un sempiterno charlatán, un charlatán insipiente; y detrás del mostrador era el dependiente más parlanchín con la clientela de

golosinas. Algo atrasado en sus maneras, en su lenguaje y en el trato social, nosotros le pulfamos poco á poco, y él, dócil á nuestras lecciones, nos trataba como á sus maestros. Hasta en el vestir iba transformándose: lo demostraba la blancura del cuello de la camisa y los nudos de la corbata. Al verlo, no podía dudarse de su honradez con aquella gruesa cadena de *double*, pendiente del primer ojal del chaleco, y de su laboriosidad, con su gracia para envolver confituras y servir los cafés y refrescos.

Pobre, casi pobre de solemnidad, no tenía ni hogar ni más familia y recurso que la confitería, bajo el mando de un patrón, sujeto de pinta repulsiva, incivil, de mal genio, quien lo martirizaba á diario. Serafín era, pues, el objeto de todas sus iras, y en él desahogaba sus malos humores aquel animal salvaje, suelto por milagro.

Entre los anaques rellenos de rotulados frascos de compotas y bombones; entre las enormes pilas de pasteles y merengues, al rededor de los cuales zumbaban millares de moscas; en aquel ambiente saturado de menta, limón, vainilla y otros aromas fuertísimos, las sonatas de violín del misero dependiente eran las compensaciones de su infelicidad, que no se hallaba completa con los martirios del recinto de la confitería. Tenía una fuerte obsesión amorosa, de cuerpo y alma, por una vecinita suya, á quien había rendido, según él decía, con los efluvios musicales de su violín.

Aquel cuidado, en momentos de furor (que eran raros, pues por sus venas parecía correr chocolate en vez de sangre), nos hablaba de su emancipación del energúmeno que tenía por amo. Ante la fuerte realidad de las cosas, se aplacaban sus iras, y monológueaba, mejor dicho que hablar con nosotros, sobre aquel presente tan desgraciado y porvenir tan dudoso, mientras iba y venía sirviéndonos nuestro clásico vasillo de vermouth con bítter naranja y soda, ó la tacita de té con leche y bizcochuelos.

Tenía razón el pobre, decíamos *inter nos*. ¿Qué haría fuera de la confitería, sin dinero, ni techo, ni mesa; sin más protección que la de aquel hotentote; al encontrarse, como quien dice, en medio de la calle, un mozo que, como él, no se avenía con otra profesión que la muy honrada, sí, pero poco lucrativa, de rascar tripas...?

Y él, salpicando su charlatanería con infinitas *músicas!* (su expresión favorita), seguía lamentándose de su maldita suerte, mientras restregaba con la servilleta el mármol de la mesa redonda á la cual nos sentábamos. Después, allá, echado de bruces sobre la vitrina del mostrador, silencioso, suspirando en alto—tal vez la imagen del sér amado pasando como una nota de alegría sobre aquel concierto de sus lúgubres perspectivas—parecía anegado en un mar de sensibilidades amorosas!

Era la vecinita, amada del mancebo, una chica linducha de rostro redondo y gracioso, con encendidas rosas en las mejillas y unos rizos sobre la frente que le daban aspecto de virgen; de ojos negros y retrecheros; labios carnosos, tan rojos como clave; talle flexible y de lindos contornos. No era ninguna coquetuela; al contrario, una

alhaja: sabía coser y bordar, leer y escribir regularmente. Sería una mujercita trabajadora, bondadosa y honrada.

Se vieron y se amaron, así de pronto, decía él. Con sus miradas, con sus suspiros y las sonatas de su violín, había conmovido el corazón de la niña...

Á la verdad, su tipo no era propio para enamorar locamente; pero ¿qué corazón de muchacha no tiene sus misterios?... Ella era rica y él pobre... Esto le importaba un comino á Serafín.

¡Música! Con menos se habían hecho fortunas y grandes hombres—decía él.—Sí, lo que es ella estaba enamoradísima; se lo decían sus miradas, sus sonrisas... Después, ella tocaba el piano... Y él, ¿acaso no tocaba el violín? ¿No podía ser un músico célebre, con el tiempo? ¡Música! Quien amaba á la música, bien podía amar al músico...

Y con tales reflexiones, que se extendían infinitamente, nos volvía tarumbas el musiquete aquel.

Todas las tardes aparecía en la puerta de la confitería una carita amarillenta de pelo encrespado sobre un *jaquet* de rayas diagonales; un chaleco de piel y unas enormes zapatillas de colores chillones. Era Serafín, que con el espinazo encorvado, caídos sus larguísima brazos (casi le tocaban las rodillas), asemejábase á un gorila en aчеcho. En esa postura risible (que él creía elegante) contemplaba á la chica con el mismo cariño y atención con que el perro fiel mira á su amo. ¿Qué guapo se creía él! No tenía envidia á nadie con su *jaquet* cortito, color de ratón, y su chaleco... ¡Figuraos! un chaleco de piel... Y ella, cuán elegante y bonita estaba en su ventana! Al verla él se ruborizaba todo, y con el pulgar y el índice comenzaba á retorcer su gran bigote. Ella enrizábase con ligeros toques de mano los rizos de su frente. Él, tímido, no se atrevía á hacerle la menor seña. Ni siquiera la saludaba. Nunca se había atrevido á dirigirle una frase amorosa. Ni aun tenía coraje para decirle qué lindos eran sus ojos... Al pasar á su lado, apenas si la miraba de soslayo, todo cohibido y dando traspies. Y el tiempo se le iba en puro gesticular, y hablar á solas, en alto, como un alienado. Nuestra sorpresa fue grande cuando nos confió la inaudita, heroica, extrema resolución de hablar con ella. Francamente, no lo creímos muy fuerte de mollera, ni que hablara en serio.

Sí, él estaba resuelto, repetíanos á cada rato, poniendo cara de asustado y los ojos en blanco; no podía aguantar más... ¡Música!... Sabía bien de memoria la declaración que había escrito en muchas noches en vela... En fin, nosotros apoyamos su idea... Todavía anduvo con rodeos, echó algunas copas, y en un raptó de entusiasmo, todo cortado y sudoroso, le hizo la confesión verbal de su amor, obteniendo de ella el venturoso sí.

Imaginaos cómo nos pondría con sus *solos* de charla y violín, después de este suceso...!

Todas las noches hablaban por la ventana. Sus diálogos amorosos, contados á nosotros por él mismo, eran puras tonterías. «Ingrata, ¿el beso que me ofreciste?»—

«¿Uu besol ¿es cosa mala?» — «¿Quién te ha dicho eso?» — «A mí me parece...» — «Deja, verás qué cosa...» «No.» — «¡Tonta! entre novios...» — «Tú no me quieres...» — «Te lo juro, te quiero con el alma...»

Y él seguía; seguía hablándonos de sus *quereres*, soltando ¡música! á todo viento. Sí, la quería con el alma, con la vida. Dormido soñaba con ella; despierto la veía en todas partes: al través de la copa en que bebía, en el fondo del plato en que comía; en la rosada, verde, azul transparencia de las botellas de licores veía dibujarse su esbelto perfil; al tocar el violín le parecía escuchar su vocecilla de ángel; aquella imagen de su amor hallábase continuamente delante de sus ojos: ora despachase cartuchos de caramelos y pastillas en el mostrador, ora sacudiese el polvo de los estantes con el plumero, ora persiguiese los ejércitos de moscas que asaltaban los trrones, mazapanes, *pu-ding*; en fin, haciendo las mil cosas inherentes á tan dulce profesión (para él tan amarga), no veía nada más que la gentil figura de su amada; no podía pensar nada más que en ella.

El padre de Inés (se me había pasado por alto decir el nombre de la chica amada del jovenzuelo del violín) era un ricacho, comerciante en vinos, hombre de carácter blando como la cera y de un corazón puro oro, que amaba entrañablemente á esa hija, la única que tenía.

— ¡Eh!... ¿qué tal?... solía decirnos Serafín. — Hablaba de un proyecto que traía *in mente* hacía tiempo.

Pedir un empleo en el escritorio del negociante...

— ¡Música!... Ya veríamos... Le costaría un poco, porque con aquel carácter suyo, así tan tonto... Era tan corto de genio... Pero en cuanto soltara la sin hueso... ¡Música! El era un mozo de porvenir; pero allí se pudriría entre los confites y dulces... ¿Nulo él? ¿Que no entendía de pluma y de números?... Nos parecía á nosotros... ¿Quién, sino él, llevaba las cuentas de la casa?... ¿Que no había leído un mal libro en toda su vida, decíamos?... ¿Leer? ¿Para qué malgastar el tiempo, llenarse de viento la cabeza con lo que decían esos libretos? Pura fantasía... ¿El violín? ¡Música!... ¿Poquita cosa nos parecía eso?... ¿Que el negociante se lo haría meter en bolsa; marcharse con cajas destempladas?... Bah! eso lo decíamos nosotros. ¡Música!... Sí, señores, irla allí... ¡Tan! ¡tan! Venía el hombre... Fulano de tal... Un servidor de usted... ¡Pues!... se le ofrecía... En seguida, ¡brum! largaría el rollo de la leccioncita aprendida... y seguro que lo atendería en su pedido... Lo emplearía... ¡como si lo viera!... Y mayormente hablándole de su arte, del violín... Segurísimo... No faltaba más!... ¡Mú...

— Basta!... gritábamos en coro, atacando aquel aluvión de dicharachos con acompañamiento de ¡música! y más ¡música! que se nos venía encima.

No obstante, le alentábamos en su proyecto. Y en nuestros ratos de buen humor le aleccionábamos para que emprendiera con éxito esa, para él, obra de romanos.

Bien ensayado el papel, lo llevó á cabo. Hizo todo lo más irreprochable que pudo el arreglo de su desgraciada figura; cepillóse con esmero las uñas y los dientes; perfumóse el cabello y las ropas, y empilchado como en día de fiesta, se presentó al comerciante, inundando á su alrededor con el fuerte olor de la bergamota.

No obstante todo lo bien sabida que llevaba la parte para salir airoso, desbarró atrocemente al exponer su petición.

Fracasó su empresa. El negociante lo recibió afable; pero se excusó de aquella pretensión del mozo. ¡Pobre Serafín! Después de aquel derrumbe de lisonjeras esperanzas, se pasaba horas y horas siempre meditabundo y cabizbajo, mirando de vez en cuando, con ojos de cordero moribundo, el violín colgado en la pared á guisa de trofeo. Ni tenía humor para tocar... Suspiraba melancólicamente, y pensaba, pensaba y callaba continuamente, él, siempre tan hablador... Ni aliento le quedaba para emitir sus acostumbradas ¡músicas! vocales... Descuidaba las tareas de la confitería; no pensaba más que en sus amores y en su infortunio; tocaba muy poco el violín, y todas cosas tristes!... Aquel sufrimiento moral lo tenía tan flacucho, que daba lástima mirarlo... Con las mejillas chupadas, los ojuelos hundidos, la amarillez de la piel y su maxilar inferior muy sobresaliente, su cara parecía la de un verdadero mono. Al fin, su amo, refractario á la música (buena y mala), puesto como un erizo con el rasguñar del violín y los descuidos y ensimismamientos del mozo, lo plantó en la calle.

El pobre se encontró entonces en una situación verdaderamente afligida. — ¡Música!... Una vez comidos sus ahorros, ¿qué haría? Mendigar. Ingresar en una de esas murgas de café, compuestas de harpa, violín y flauta... ¿Volvería á liar caramelos y envolver papelones de masas detrás de un mostrador de confitería?... Estas eran sus únicas esperanzas, nos decía el infeliz, algunas noches, al salir nosotros de la confitería y encontrarlo en la calle, rondando la casa de la novia, con las manos metidas en los bolsillos del pantalón, alzado el cuello del *jaquet* y tiritando de frío.

Transcurrió algún tiempo sin verlo. Una noche se nos apareció en la misma confitería completamente transformado, bien vestido, casi buen mozo. Nos contó la historia. Una tarjeta del comerciante le salvó de aquellas negras perspectivas. En ella le anunciaba que podía presentarse á tomar posesión de un empleo en el escritorio. — Sus amores con Inés marchaban... Ella lo quería... No amaría á otro hombre en la vida... Se lo había jurado cien veces... Si no se casaba con él, quedaría soltera... ¡vestirla imágenes!... Era tan cariñosa, tan buena... ¡Música! (todavía soltaba algunas ¡músicas!) Por su influencia con el papá, al enterarle él, Serafín, de su paso ante aquél, había conseguido el empleo... Al presente era uno de los principales empleados del escritorio. Á todo esto obedecía aquel cambio.

En realidad, Serafín, aunque *pacato* en demasía, aparte de su chifladura de músico,

era, si no inteligente, al menos dispuesto, voluntario, dócil y honrado. Además, gracias á nuestras lecciones y trato se había despejado y educado poco á poco, siéndole así fácil elevarse á los primeros puestos del escritorio del comerciante, quien sin sospecharlo estaba abocado á ser su suegro.

Después, ya civilizado aunque á medias (todavía, además de ¡músicas! soltaba algunas *pañabrotas*), empezó á alternar en el grupo de íntimos que continuábamos reuniéndonos en la confitería. Fué de nuestros amigos.

Como siempre, sus idilios nocturnales con Inés continuaban junto á la ventana. Por consejo nuestro se dejó sorprender por el padre de la chica en uno de esos coloquios... Hubo la consabida sorpresa por parte de los novios; la escena patética de lloriqueos y perdones por la novia; furors de padre ofendido, que se aplacaron con lágrimas de la hija; y aquel drama de amor tuvo un final feliz.

¡El casamiento de Serafín é Inés!

...
 ¿Qué ha sido de la vida de ese muchacho? ¡Pchs! La de muchos... Vive dichoso con su mujer, sus chicuelos y sus pesos! El violín lo conserva todavía hoy, pero enfundado, quieto, mudo, nada más que como un testigo elocuente de cosas que fueron... Solemos ver á Serafín. Al caer la conversación sobre aquellos solos en la confitería, se conmueve visiblemente, y sus labios emiten débilmente una ¡música!, último vestigio de aquel su pasado de confitero y violinista mártir. Nosotros también sentimos la emoción del recuerdo... Bajo esa impresión les he relatado esta, para ustedes, tal vez fútil historieta, concluyó Armando Duc.

PEDRO C. MIRANDA.

CRIMINALIDAD INFANTIL

Sr. Juez de Instrucción Dr. D. Servando Gallegos

Sr. Juez:

En un lecho del Hospital San Roque, vigilado por un gendarme, encontramos al procesado Pedro Monferret, á quien por nombramiento emanado de V. S. debíamos examinar á fin de informar sobre su desarrollo intelectual y grado de instrucción. En autos, y en la pizarra del establecimiento, figura con la edad de doce y trece años respectivamente. El dice tener once.

Aunque con un brazo y una pierna amputados, ésta á la altura media de la tibia, aquél de raz, no parece echar de menos tan importantes partes de su organismo. No recuerda ni el dolor del accidente ferroviario de que fué víctima, ni las horas subsiguientes á la mutilación, ni las operaciones á que, cloroformado, fué sometido. El accidente ocurrió en día domingo, y el procesado se expresa de esta manera: «No recuerdo nada. Desperté el lunes y me encontré sin mi brazo y sin mi pierna.» Su ánimo no ha sido deprimido. Parece casi alegre. Hablándosele de cómo se ganará la

vida en lo porvenir, responde que seguirá una carrera ¿Cuál? Él mismo no lo sabe. Interrogado sobre cuántas *caídas* tenía, respondió ser la primera, en lo cual tanto pudo referirse á su prisión como al hecho que le priva de sus dos extremidades derechas. Interrogado en el *argot* pittoresco de los criminales, acerca del hecho que se le imputa, aparentó no conocer los términos empleados, ó no los comprendió efectivamente, mostrándose sorprendido y como indignado de que se inquirieran los antecedentes por tal procedimiento.

Es vivaz y rápido en las contestaciones. Su desarrollo físico es normal, ofreciendo un conjunto agradable. Sus ojos son grandes y expresivos. No sostiene largo tiempo la mirada, pero mira con desenvoltura. Su inteligencia es clara, y, si bien sin mucho cultivo, habituada á eludir las interrogaciones que no le agradan. Niega resueltamente, y pone para ello en juego su penetración, el delito de que se le acusa.

Sabe leer, escribir y contar. Para matar el tiempo tiene consigo «su biblioteca», consistente en dos folletos de versos del género ramplón, hijos de esa literatura bastarda de que se nutren las clases inferiores, fácil solaz del soldado, del preso y del gaúcho.

Lee bien, y aseguró no recordar ninguna de las décimas que antes leyerá. Sabe rezar las oraciones corrientes. De noche él y un hermano menor rezaban juntos, enseñados por la madre; pero no concurre á la iglesia. Se representa á Dios, ó Tata Dios, como él dice, como «un hombre de unos treinta y cinco años», padre de todas las criaturas, que vive en el cielo, consagrado á vigilar las acciones humanas. Concibe las ideas del espíritu y de la inmortalidad, y cree en la existencia de Paraíso y el Infierno, representándose á este último como la siniestra región de los réprobos, sometidos al suplicio del fuego. Demuestra indiferencia por el dolor ajeno y por el propio. Refiere con naturalidad que vió sacar un muerto de la sala de presos, aunque no lo vió morir por estar las camas sobre una misma línea y encontrarse el procesado en una posición que le privaba de todo movimiento. Se negó á responder acerca de las sanciones penales. Después de otros, púsosele el ejemplo de un homicida, y se le preguntó si á su juicio debería ser ó no castigado; pero no salió del «no sé», insistiendo en esa respuesta con marcada pertinacia y al parecer malhumorado. Con todo, por otras preguntas que le fueron dirigidas, podemos afirmar que posee las nociones de lo justo y de lo injusto y de las diversas clases de sanciones.

Su actitud francamente reservada y su viveza mental, pueden hacerlo impenetrable.

Su padre, según él, ejerce la profesión de agente judicial.

Los antecedentes de familia, tan útiles en ocasiones como la presente, son difíciles de obtener por las solas declaraciones del procesado.

Saludamos á V. S., á quien Dios guarde.

ANTONIO DELLEPIANE.

VICTOR ARREGUINE.

MEDICINA LEGAL

(Continuación)

ABORTO

I.—Disposiciones legislativas.

Código Penal.—Art. 341. La mujer que causare su aborto por cualquier medio empleado por ella misma, ó por un tercero con su consentimiento, será castigada con prisión de quince á dieciocho meses.

Si hubiere obrado en el interés de salvar su honor, será castigada con prisión de nueve á doce meses.

Art. 342. El que causare el aborto de una mujer con el consentimiento de ésta, será castigada con penitenciaría de dos á cuatro años.

La pena será aumentada de uno á dos grados, si por razón de los medios empleados para causar el aborto, ó por el hecho mismo del aborto, resultare la muerte de la mujer; y será aumentada de tres grados, si la muerte hubiere resultado por haberse empleado medios más peligrosos que los consentidos por la mujer.

Art. 343. El que hiciere uso de medios directos para causar el aborto sin el consentimiento de la mujer, ó empleando violencia, será castigado con penitenciaría de cuatro á seis años; y si el aborto se realizara, la pena será aumentada de un grado.

Si á consecuencia de los medios empleados, ó del hecho mismo del aborto, resultare la muerte de la mujer, el culpable será castigado con penitenciaría de ocho á diez años.

Art. 344. Las penas establecidas en los artículos precedentes serán aumentadas de un grado cuando el culpable fuere el marido.

El mismo aumento se aplicará á los médicos, cirujanos, parteras, farmacéuticos, sus practicantes y ayudantes, y á los fabricantes ó vendedores de productos químicos que hubiesen indicado, suministrado ó empleado los medios por los cuales se hubiere causado el aborto ó hubiere sobrevenido la muerte.

Estarán, sin embargo, exentos de responsabilidad los médicos y cirujanos que justificaren haber obrado con el propósito de salvar la vida de la mujer, puesta en peligro por el embarazo ó el parto.

Art. 345. En el caso de aborto causado para salvar el honor de la esposa, madre, hija, aunque sea adoptiva, ó hermana, las penas establecidas en los artículos precedentes serán disminuidas de dos á tres grados.

II.—El aborto no es una cuestión de mucho interés.

Entrando á su estudio, debemos hacer notar que hay que tener en cuenta que el aborto *obstétrico* tiene diversa acepción que el aborto *legal*, ó sea lo que la ley considera aborto.—En obstetricia se entiende por tal la salida del feto del claustro uterino ó materno antes de tener condiciones de viabilidad (antes de los siete meses), considerándose como *parto prematuro* la salida del feto después de los siete meses y antes de los nueve; subdividiéndose el aborto en *embrional*, cuando tiene lugar antes de los tres meses, y en *fetal*, si sucede después de los tres y antes de los siete meses.

En Derecho Penal no se considera al

aborto de la misma manera que en obstetricia, pues se considera por tal la expulsión del feto *provocada*, con el propósito de que muera la criatura. En el caso penal hay la intervención intencionada de la mujer, mientras que en el obstétrico no entra para nada. En el aborto legislativo hay la intención manifiesta de provocarlo, y por lo tanto un feto de *ocho* meses puede ser abortado.

El aborto, que por otra parte pocas veces se presenta, no es considerado por todos como delito, mientras que otras personas se escandalizan y declaman contra el médico que interviene en un aborto, lo que implica una exageración, pues todo depende de la intención que lo haga llevar á cabo. Además, entre dos males debe optarse por el menor; y así, supóngase una mujer deshonrada: ¿qué vale más, la vida material del hijo ó la vida moral, la reputación de la madre? La obra del aborto se debe suponer buena en este caso, pues así se salva el honor de la mujer, que sin eso estaría completamente perdida para la sociedad. Fuera de esto, un marido puede tener interés en hacer abortar á su mujer, porque sucede á veces que una muchacha se entrega á su novio antes de casarse y contrae enlace embarazada, y, en este caso, no pudiendo el marido ocultar que á los 4 ó 5 meses su mujer salga de cuidado, debe concedérsele el derecho de hacerla abortar.

Esto no quiere decir que no se castigue el aborto provocado; pero, eso sí, no se debe establecer una pena alta, pues con ello se cometería una injusticia, por no haber relación entre la pena y el hecho, puesto que si una mujer aborta por salvar su honor, lo hace para no verse hundida para siempre en el concepto del mundo. La ley debería castigar á la mujer con una pena insignificante, ó por lo menos dejar que la acción penal se ejerza á querrela de parte, pues la mujer bastante castigada está con el borchorno que tiene que sufrir.

Partiendo de estas bases, encontramos que las penas que establece nuestro Código Penal son altísimas, y como consecuencia de estas penas bárbaras y desproporcionadas se saca como resultado el que no tengan aplicación.

III.—*Cuestiones médico-legales.*—Las cuestiones que pueden presentarse son pocas. Ellas son:

1.ª *Determinen los peritos si una mujer ha abortado.* Los médicos pueden á veces resolver esta cuestión con seguridad. Tratándose de un embarazo de dos á tres meses, sería difícil determinar si ha habido ó no aborto, por tratarse de un feto pequeño que no daría lugar más que á una pequeña hemorragia, quedando la madre buena y desapareciendo los vestigios á los cuatro ó cinco días. Pero si el embarazo fuera de más tiempo, los vestigios serían más persistentes, y no escaparían fácilmente á la investigación de los peritos, los cuales reconocerían pronto si el aborto ha tenido ó no lugar. Las hemorragias, la fiebre láctea, el flujo loquial y todos los demás signos que caracterizan al parto, servirían para determinar también el aborto.

2.ª *Determinar si el aborto ha sido natu-*

ral ó provocado.—No siempre un aborto deja vestigios que lleven á determinar si el aborto se ha producido naturalmente, ó si ha sucedido por efecto de medios artificiales, ó sea intencionalmente provocado. Tardieu decía que un peligro serio que debe evitarse está en la publicación de los medios que pueden emplearse para producir el aborto, pues con ello se instruye á los criminales. Pero á esto se contesta, que Tardieu está en un error, y que, por el contrario, esos procedimientos deben darse á conocer: primero, porque eso nada influiría en los hombres que proceden honestamente, y, segundo, porque con esa publicidad se llega á conocer el medio más fácil de determinar los abortos.

Son varios los procedimientos empleados para provocar el aborto, siendo los mecánicos los que dan mejor resultado. Son los más exactos, pues se va directamente al feto y se le mata antes del tiempo en que debe salir afuera. El feto tiene comunicación con la madre, y si esta comunicación se hace desaparecer, tiene aquí necesariamente que perecer por hambre. — Se emplean también los abortivos, pero no son seguros, sucediendo que la mujer se envenena, lo que da lugar á la intoxicación del feto. En estos casos, la toma del abortivo puede acarrear peligro, ya para el feto y la madre, ó para la madre sola, ó para el feto únicamente.—Fuero de esto, suelen usarse ciertas inyecciones intrauterinas, como, por ejemplo, las de agua fenicada, pero ellas suelen entrañar un peligro para la madre.

3.º Finalmente, concluiremos el aborto con esta cuasi-cuestión: si el delito está constituido en el caso especial de que se trata por el aborto, ¿el conato de aborto qué será? Parece una sutileza considerarlo como delito; pero, si no es delito, es á lo menos un conato de delito. La cuestión estribaría en determinar la existencia ó no existencia de la tal tentativa de aborto, lo cual puede obtenerse por medio de ciertos incisos externos que pueden encontrarse en la mujer, como son los vestigios que dejan los baños de pies, la aplicación de sanguijuelas en la vulva, etc. No dejan rastros los purgantes y demás líquidos que se tomen.

IV.—Concluiremos el estudio del aborto llamando la atención sobre una disposición sabia de nuestra ley, contenida en el inciso 3.º del artículo 344 del Código Penal, donde se determina que estarán exentos de responsabilidad penal los médicos y cirujanos que justificaren haber producido el aborto con el propósito de salvar la vida de la mujer, puesta en peligro por el embarazo ó el parto, puesto que es obvio que entre salvar á la madre ó al hijo, se opte por la primera. Del mal el menos.

SIMULACIÓN, DISIMULACIÓN, PRETEXTO, IMPUTACIÓN Y COMUNICACIÓN DE ENFERMEDADES.

I.—Bajo el punto de vista médico-legal, el empleo de algunas de estas palabras es inoficioso, como, por ejemplo, la de *imputación de enfermedades*, la cual consiste en atribuir á una persona una enfermedad que posee ó

no posee. Esta no es una cuestión médico-legal, pues, ó tiene esa enfermedad, y entonces no hay nada que hacer, ó se ve libre de la enfermedad que se le imputa, y entonces se entraría á averiguarlo; siendo en este caso la cuestión puramente médica.

En la *simulación* se aparenta tener una enfermedad que no se tiene. En la *disimulación* el individuo está aquejado de una enfermedad, pero trata de ocultarla. El *pretexto* consiste en lo siguiente: un individuo tiene una enfermedad sobre cuya existencia no se duda; pero se trata de averiguar si esa enfermedad puede ser causa suficiente para exonerarlo del servicio á que se encuentra obligado. Así, por ejemplo, se llama á un individuo para el servicio de las armas, quien pretexto que sufre de espermatorrea. Para los peritos el caso aquí consistiría en averiguar si tal enfermedad impide á una persona prestar el servicio militar. La *comunicación de enfermedades* enuncia por sí sola lo que significa.

II.—*Cuestiones referentes á las enfermedades simuladas.*—Entre nosotros poco aparecerán estas cuestiones, por no existir el servicio militar obligatorio, que es lo que produce todas esas simulaciones de enfermedades con objeto de verse libres de él. Sólo existe la guardia nacional con carácter obligatorio, pero con la circunstancia de que en tiempo de paz los ejercicios y todas las demás disposiciones están en desuso. Fuera del servicio militar también se pueden simular enfermedades, para verse libres de otras cargas, como la de ser jurado.

Las enfermedades simuladas se han dividido en simuladas por *imitación* y simuladas por *provocación*. Las primeras tienen lugar cuando una persona finge tener una enfermedad cualquiera, haciendo dudar de la existencia ó no existencia de ella; las segundas se presentan cuando, á pesar de ser cierta la enfermedad, la causa que la ha dado origen es fingida y voluntaria, como, por ejemplo, sucede cuando una persona por acto propio se mutila un dedo ó se hace una úlcera, con objeto de librarse de ciertos servicios. Esta clasificación en enfermedades imitadas y simuladas no es exacta, pues no puede decirse en el segundo caso que las enfermedades sean simuladas, por tratarse de casos verdaderamente reales de enfermedades, aunque ocasionadas intencionalmente, lo que podría dar lugar á la aplicación de una pena como castigo, pero sin que por eso pierdan su carácter de verdaderas enfermedades.

Á nosotros no nos corresponde estudiar todas las enfermedades que pueden simularse teniendo voluntad y habilidad, como son la epilepsia, enfermedades nerviosas, asma, hemiplejía, escorbuto, etc., sino algunas de las más importantes y frecuentes. Tal sería la simulación de la locura en las causas criminales, llevado el delincuente del objetivo de atenuar la pena que le puede recaer, ó de exonerarse por completo de ella, para lo cual hará lo imaginable por aparentar que está fuera de razón. En los juicios civiles también puede acaecer la simulación de la locura, como, por ejemplo, cuando se quiere á toda costa rescindir un contrato celebrado en condiciones muy

onerosas y no se encuentra otro medio de poder declararlo nulo.

La simulación de la locura es fácil ó difícil según los casos; todo depende de la habilidad del sujeto. Hay, sin embargo, datos que permiten cerciorarse de la realidad ó de la inexistencia de la misma. Si la persona que se finge loca es poco ducha, creará que convencerá al auditorio con disparates continuos dichos sin ton ni son, ideas que el ignorante cree son patrimonio del loco, cuando en verdad esa suposición está muy lejos de estar basada en la realidad de las cosas. Así se ve con frecuencia que esos locos fingidos, al hacerseles interrogatorios, creen dar una prueba acabada de su sinrazón dando contestaciones completamente ajenas á las preguntas que se les hacen; cuando lo que hay de cierto es que los verdaderos locos contestan á las preguntas á que se les someten con respuestas contenidas dentro de la idea general que encierran las preguntas. Así, p. ej.: si á un loco se le interroga sobre el valor que tiene una moneda de oro que se le presenta, contestará siempre dentro de la idea del valor, y dirá vale dos calles, cincuenta casas, ó lo que se quiera; mientras que el pseudo loco responderá á esa misma pregunta saliéndose de esa idea, y dirá matrimonio ú otro disparate por el estilo que ninguna relación tenga con la pregunta formulada, pues en su ignorancia cree dar una prueba de su cordura si responde encuadrándose dentro del orden de ideas que encierra la pregunta.

JOSÉ FERRANDO Y OLAONDO.

(Continuará.)

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

CLÍNICA GINECOLÓGICA. LAPAROTOMÍAS É HISTERECTOMÍAS, POR ENRIQUE REVILLA, MÉDICO DIRECTOR DEL HOSPITAL SAN RAFAEL, ETC. BUENOS AIRES, IMP. LITOGRAFÍA Y ENCUADERNACIÓN DE JACOBO PRUSSE, 1896. 1 vol. en 8º. Anteport., port., 179 págs. num. y una s/n.

El doctor don Enrique Revilla, distinguido médico de Buenos Aires, donde se ha labrado una honrosa reputación científica y ha desempeñado con brillo puestos de verdadera importancia, acaba de publicar esta notable obra.

El prefacio que lleva, doblemente honroso por los términos en que está concebido y por la justa reputación de quien lo suscribe, dará idea á los entendidos de la importancia del trabajo del doctor Revilla.

Aunque el tema sobre que versa no sea de la índole propia de esta publicación, transcribimos parte de dicho Prefacio como homenaje á los méritos del ilustrado médico argentino.

«El libro que entrega á la crítica del público médico el Dr. Revilla, es sin duda una revelación de labor y de consagración entusiasta á la práctica de una de las ramas más importantes del arte de curar.

«El presente trabajo es ante todo clínico; hay en él observación, conocimientos, experiencia. Las observaciones prolijamente

llegadas forman la base, y las consideraciones juiciosas que las acompañan, el complemento. En todo él se destaca un sello eminentemente personal que constituye su principal mérito.

»Hoy, que los recursos de la asepsia y antisepsia, no sólo permiten sino que invitan—podemos decir—á los más audaces avances quirúrgicos, lo difícil no es ser operador, sino ginecologista en su verdadera acepción. Y, en este sentido, la presente obra debe interpretarse como una reacción saludable.

»Hay, pues, que felicitar al distinguido médico encargado del servicio de enfermedades de mujeres del Hospital de San Roque, que nos brinda el provechoso resultado de su larga práctica, de su inteligencia tan bien nutrida y de su loable entusiasmo por la controversia científica, que es el medio más legítimo de consolidar los triunfos de la ciencia.

LUIS GÜEMES.»

EDUCACIÓN CÍVICA. OBRA DESTINADA A LA ENSEÑANZA DE LA CONSTITUCIÓN, DE ACUERDO CON LOS PROGRAMAS ESCOLARES VIGENTES. POR JULIÁN O. MIRANDA. INSPECTOR DEPARTAMENTAL DE I. PRIMARIA. MONTEVIDEO, A. BARREIRO Y RAMOS, EDITOR, 1897. 1 vol. en 8.º 88 págs.

La ventaja de este libro de texto sobre los análogos que le han precedido, es la de ajustarse estrictamente á los programas escolares vigentes.

La sencillez y claridad de la exposición lo recomiendan, por otra parte, para el uso de las escuelas.

Contiene, en un apéndice, la Constitución de la República.

LECCIONES DE GEOGRAFÍA POLÍTICA, POR ALBINO BENEDETTI. MONTEVIDEO, LIBRERÍA NACIONAL DE A. BARREIRO Y RAMOS, 1897. 1 vol. en 8.º 77 págs.

Este opúsculo, impreso en la conocida casa de Dornaleche y Reyes, tiene su mejor recomendación en el nombre de su autor, competente profesor italiano que ha tiempo reside entre nosotros y que actualmente dirige una importante institución de enseñanza secundaria.

En la forma compendiosa propia de su objeto, encierra nociones bastante completas, expuestas con acertado método didáctico.

TRADUCCIÓN LITERAL DE LOS TEMAS PRESCRITOS EN EL PROGRAMA DEL PRIMER AÑO DE LATÍN DE LA UNIVERSIDAD DE LA REPÚBLICA. MONTEVIDEO, A. BARREIRO Y RAMOS, EDITOR, 1897. 1 foll. en 8.º 38 págs.

Impreso en la misma casa, el presente folleto viene á llenar una necesidad hace tiempo sentida por los estudiantes de nuestra Universidad.

PUBLICACIONES PERIÓDICAS

Hemos recibido por primera vez las siguientes:

La Unión, de Tegucigalpa (Honduras). Semanario político que dirige y redacta el señor don Rómulo E. Durón y que se inspira en el programa del partido liberal hondureño.

La Gaceta, de Tegucigalpa (Honduras). Periódico oficial de este Estado centroamericano, comprendido hoy en la República Mayor de Centro-América.

La Vida en el Hogar, de Buenos Aires. Semanario ilustrado de literatura y variedades, que se publica como suplemento del *Boletín Industrial Bonariense*.

La Revista Ilustrada, de Santiago de Chile. Esta excelente ilustración, fundada recientemente, y tan notable en su parte literaria como en la artística, cuenta con la colaboración de distinguidos escritores chilenos y de otros pueblos de América.

La Caridad. Barcelona (Venezuela). Periódico quincenal, órgano de la clínica para pobres, que dirigen los doctores Pérez Meña, Garroni Núñez y Cova Maza.

Cuba y América. Nueva York. Acaba de salir á luz esta revista quincenal ilustrada de política, literatura y variedades, que, como su título lo indica, defenderá las aspiraciones patrióticas de los emigrados cubanos residentes en la gran ciudad norteamericana.

El eminente publicista señor Varona tiene á su cargo la dirección política del nuevo órgano de publicidad.

La Revista Literaria. Iquique. El joven escritor peruano Carlos Ledgard ha fundado esta recomendable publicación, cuyo número primero, correspondiente al 1.º de mayo, ofrece variado é interesante material.

El Repertorio. San José de Costa Rica. Aparece bajo la dirección de los señores Alberto Masferrer y Anastasio Alfaro. Cuenta con reputados colaboradores, tanto en su parte literaria como en la científica, y ofrece hermosas láminas tiradas fuera del texto.

La Herradura. Barranquilla (Colombia). Periódico literario y político que dirige el señor Pedro A. Osio y en el que colabora el conocido poeta colombiano López-Penha.

La Unión del Magisterio. Monterrey (Méjico). Publicación quincenal, órgano de la Sociedad Pedagógica Mutualista. Además de la sección dedicada á cuestiones de enseñanza, comprende una sección literaria en la que vemos producciones de distinguidos poetas de Méjico.

La Semana. Córdoba (República Argentina). Semanario de literatura y variedades, inteligentemente dirigido por el señor Francisco M. César.

México Intelectual. Jalapa (Méjico). Revista pedagógica y científico-literaria, de la que son propietarios y redactores don Enrique C. Rebsamen y el doctor E. Fuentes y Betancourt. Vemos en ella, entre otros materiales de interés, algunas transcripciones de las revistas pedagógicas que se publican entre nosotros.

Flor de Lis. Guadalajara (Méjico). Esta amena y bien dirigida publicación literaria es órgano de un selecto núcleo de juventud, que cultiva con éxito brillante las bellas letras. La redactan los señores Sixto Osuna, Antonio Pérez Verdía, Ignacio Padilla, Carlos Urrea y José Alberto Zuloaga.

Pax Vobis. Rivera. El señor Salvador Torrent se ha propuesto, al publicar esta hoja periódica, abogar por el restablecimiento de la paz en la República. Tan no-

ble objeto no puede menos que hacer simpática y plausible en grado sumo la propaganda de la nueva publicación.

SUETOS

El competente profesor italiano señor L. Ambruzzi está dando los últimos toques á un mapa histórico de la República que llamará justamente la atención por su mérito y originalidad.

Contendrá la indicación de 110 parajes históricos marcados con pequeños cuadros en tinta roja, y la designación de las ciudades y villas que tienen interés para el estudio de nuestro pasado.

La parte geográfica se ajusta á los mapas publicados por Reyes, Monegal, Araujo y otros, y comprende, además de nuestro territorio, las partes de la provincia de Río Grande y del litoral argentino donde se han desarrollado hechos relativos á la historia de la República.

Para la demarcación de los límites nacionales y departamentales han sido tenidos en cuenta los tratados y decretos respectivos, y se señalan, además de las fronteras actuales del país, las que le fueron fijadas en 1777 y 1801.

Cada centro de población importante lleva indicado el año de su fundación, y los Departamentos, el de las leyes por que fueron creados.

En la parte superior del mapa van el escudo y bandera nacionales, las que tuvo el país antes de su independencia, las antiguas insignias de Montevideo, el escudo de Maldonado y otros interesantes detalles.

Para su meritorio trabajo el profesor Ambruzzi ha consultado más de cincuenta obras históricas, muchos documentos manuscritos y diarios y periódicos de nuestra Biblioteca Nacional y la de Buenos Aires.

La utilidad manifiesta del mapa está en los grandes servicios que prestará á maestros y alumnos de las escuelas, para el estudio de la historia. Como en él se contienen datos no consignados en los textos vigentes de esta asignatura, el autor piensa dar á la publicidad, juntamente con su mapa, algunas páginas de efemérides.

Creemos que la Dirección de Instrucción Pública haría un acto de estricta justicia declarando de uso oficial para las escuelas el mapa histórico del señor Ambruzzi, trabajo tanto más meritorio cuanto que no tiene precedentes entre nosotros.

El notable artículo del doctor don Pedro Bustamante que insertamos en el presente número, puede ser considerado como complemento del que vio la luz en el anterior.

Ambos estudios son dignos de ser detenidamente leídos y meditados por cuantos se interesen por la educación cívica de las nuevas generaciones.

No serán ellos los últimos trabajos del vigoroso escritor que honren las columnas de la REVISTA.